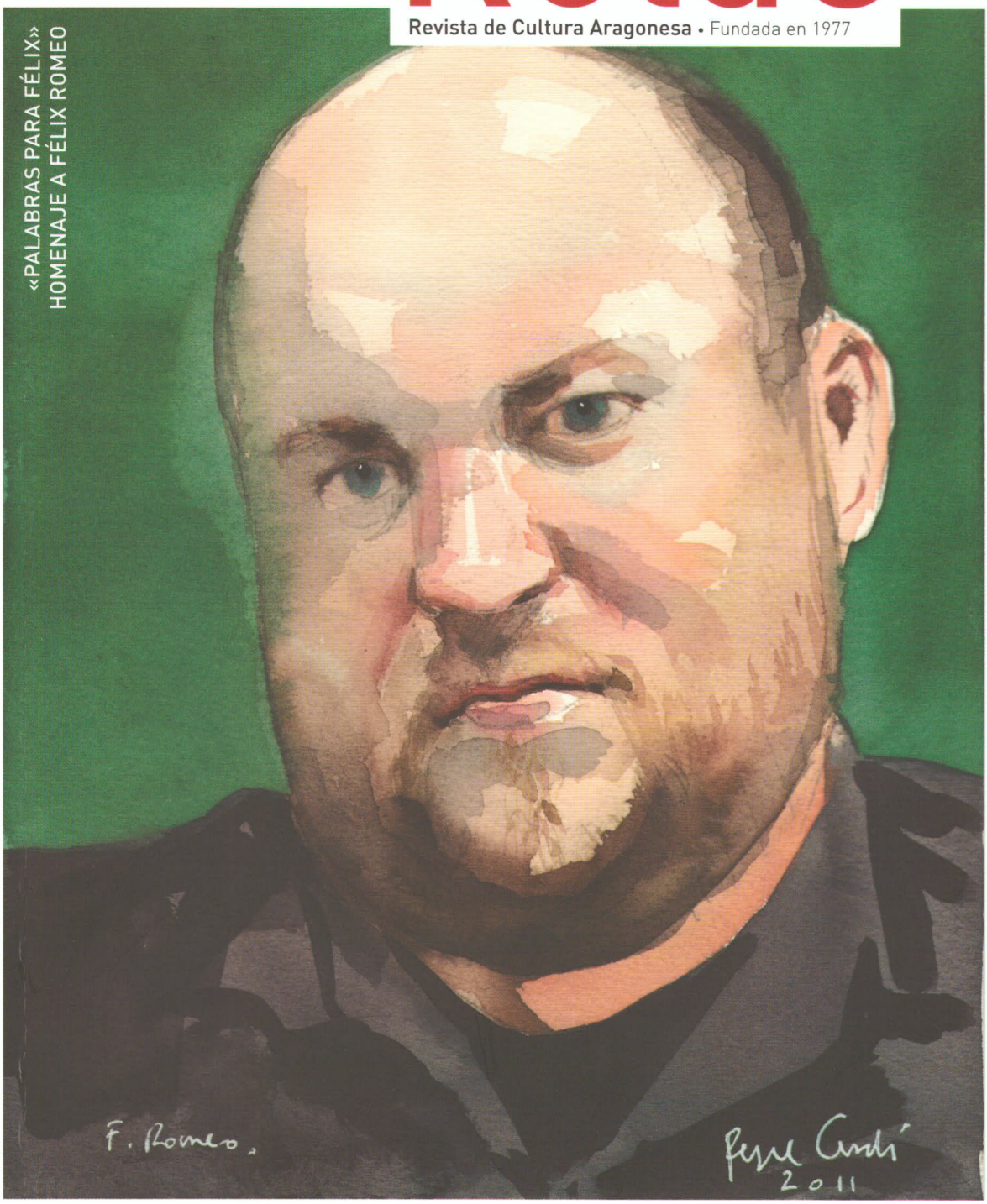
Nº 138-139 julio-diciembre de 2011

Rolde

Revista de Cultura Aragonesa • Fundada en 1977

«PALABRAS PARA FÉLIX»
HOMENAJE A FÉLIX ROMEO



Portada: Pepe Cerdá

Edita
Rolde de Estudios Aragoneses

Consejo de Redacción
Pilar Bernad
Vicky Calavia
Ángela Cenarro
Jesús Gascón
Santiago Gascón
Víctor Juan (Coordinador)
José Ignacio López Susín
José Luis Melero
Antonio Pérez Lasheras
Vicente Pinilla
Carlos Serrano

Consejo Asesor
José Luis Acín
Chesús Bernal
Ismael Grasa
Antonio Peiró
Carlos Polite

Redacción
Moncasi, 4, entlo. izqda.
50006 Zaragoza
Tel. y Fax: 976 37 22 50
info@rolde.org
http://www.rolde.org

Correspondencia
Apartado de Correos 889
50080 Zaragoza

Diseño y maquetación
Pilara Pinilla

Impresión
INO Reproducciones
Impreso en papel reciclado

ISSN: 1133-6676
Depósito Legal: Z-63-1979

PALABRAS PARA FÉLIX

Víctor Juan y José Luis Melero (coordinadores)

03_ Presentación
Víctor Juan y José Luis Melero

05_ «Realidad y ficción en la construcción invertida de la imagen en el ojo del pez», texto publicado por Félix Romeo en 1986 y «Con paso firme. Reseña crítica de *Dibujos animados*»
Ramón Acín

08_ Golosinas
Javier Aguirre

09_ Primeros segundos sin Félix
Luis Alegre

11_ Para recordar a un amigo
Rafael Artal

13_ Una casa con música de Battiato
Antón Castro

14_ En un buen dibujo
los trazos más importantes
son los que no se hacen
Pepe Cerdá

16_ Del tamaño de la vida
José María Conget

17_ En Zaragoza hay más de cien restaurantes chinos
Eva Cosculluela

19_ Portugal en mi amistad con Félix
Eloy Fernández Clemente

20_ Venecia. Invierno
Víctor Forniés

21_ Félix y los restaurantes
Daniel Gascón

22_ ...Que estás en D.F.
Santiago Gascón

23_ Félix 24 h
Mariano Gistaín

24_ Chicas pop en la Plaza San Francisco (las canciones junto a Félix Romeo)
Octavio Gómez Milián

26_ Al noreste del lago Kivú
Cristina Grande

28_ Félix y una pila de cómics
Ismael Grasa

29_ Muerte y resurrección de Félix Romeo
Ángel Guinda

30_ El poema que ya no leerás
Juan Marqués

31_ Félix de Ockham
Fernando Martín Pescador

32_ Dos dedicatorias, dos recuerdos
Ignacio Martínez de Pisón

33_ La huella de Félix
Miguel Mena

35_ Estrella fugaz
Rodolfo Notivol

37_ Letra a letra
Julio José Ordovás

38_ En la «bella Francia»
Antonio Pérez Lasheras

40_ Una fiesta en la tierra
Ángel Petisme

42_ Mirando el mundo con Félix
Vicente Pinilla

44_ En la cocina con Félix Romeo
Eva Puyó

45_ Félix Romeo y la risa
Aloma Rodríguez

46_ Nueve recuerdos de Félix Romeo
Fernando Sanmartín

48_ El hombre que vestía de negro
Javier Tomeo

49_ La sombra de Félix no era alargada
Chusé Raúl Usón

51_ Nueces
Almudena Vidorreta

53_ Las cartas animadas de Félix
Mercedes Ventura

58_ Vaca desnuda
Susana Vacas

59_ Álbum
Vicente Almazán
David Barreiros
Ana Bendicho
Mari Burges
José Luis Cano
Cristina Grande
Jose Herrera
José Antonio Melendo
Miguel Mena
Yolanda Polo
Aloma Rodríguez
Chusé Raúl Uson

_PALABRAS PARA FÉLIX

Pocos escritores como Félix Romeo han concitado tras su muerte tantas muestras de cariño y admiración. Las razones son muchas y las conocemos sobradamente todos cuantos lo quisimos: su número inabarcable de amigos, a los que siempre favoreció con un gesto de afecto, con la recomendación de un libro que solo él conocía, con una llamada o un correo que les hiciera recordar, tanto en los mejores como en los peores momentos, que él siempre estaba ahí, igual cuando había que compartir la alegría que en los momentos más duros, cuando más difíciles estaban las cosas; su generosidad extraordinaria, rayana a veces en la prodigalidad; su capacidad para fabricar ideas y proyectos incomparables, fruto de una inteligencia fuera de lo común, que siempre regaló graciosamente entre sus amigos y entre quienes no lo eran, sin pretender jamás lucrarse de ellos; su cultura enciclopédica propia de quien lo ha leído todo; su bonhomía y su ternura conmovedoras, en fin, que, a veces, como sucede con tantos de los nacidos por estos duros y recios parajes, parecía que escondiera tras una apariencia ruda y agreste, tras una pose de chico malo de barrio que de nada le servía, pues se desvanecía en el mismo momento en el que se le dejaba hablar apenas unos minutos y cualquiera percibía el enorme corazón que latía en ese enorme corpachón de vikingo de Las Fuentes. Félix fue un hombre vehemente, apasionado y esencialmente bueno: entre los muy buenos, él fue el mejor. Aunque su personalidad arrolladora, su carácter indómito, su independencia de juicio y de criterio, hicieron que fuera ingobernable para aquellos que, en todos los tiempos y bajo todos los regímenes, aspiran a convertir a los intelectuales en servidores dóciles y paniaguados.

presentación

Fue desde siempre amigo de esta revista y de todos cuantos la hacemos. Cuando *Rolde* nació en 1977 Félix solo tenía nueve años. Tardaría apenas diez años en colaborar en ella, pues en 1987 apareció su primer trabajo en la revista: «Tres tigres», un ensayo sobre el panorama literario en Aragón (editoriales, autores...) en el que prestaba mucha atención a Petisme y a Martínez de Pisón. Escribió en *Rolde* siempre que se lo pedimos y sus últimas colaboraciones con nosotros fueron en 2006, cuando participó con el texto titulado «Novela» en el libro que coordinó Fernando Sanmartín, *Andrés Ferrer. Relatos visuales*, sobre la estación de Canfranc, y en 2008, año en el que publicó «En el Mercedes de Labordeta» en el libro coordinado por Javier Aguirre: *José Antonio Labordeta. Creación, compromiso, memoria*. Félix fue un enamorado de Zaragoza y de todo lo aragonés (buscó siempre con pasión por rastros y almonedas los viejos libros de los escritores aragoneses injustamente olvidados, que leyó con fruición y dio a conocer casi antes que nadie, y escribió mucho sobre los autores no aragoneses que habían hablado de Aragón en sus libros: Carlos Dembowski, Rafael Alberti, Catherine Laborde, Miguel Villalta...) y compartió con *Rolde* el amor sin fisuras por esta tierra, la defensa de su cultura y de sus creadores, el esfuerzo generoso –heredado de José Antonio Labordeta, Eloy Fernández Clemente y otros miembros de la generación de *Andalán*– por entregar a nuestros hijos un Aragón mejor, más libre y más culto que el que recibimos de nuestros padres. Y fue el ejemplo a seguir en la conciliación de lo próximo y lo universal: en su imaginario intelectual cabían y convivían con naturalidad Seral y Casas con Eduardo Chicharro, González Bernal con Remedios Varó, García Abrines o Alfonso Buñuel con Hans Arp o Alexander Calder.

Rolde fue su revista, la revista de muchos de sus más viejos amigos, la revista de cultura aragonesa que él siempre leyó. Este número es para él. Y nuestro corazón y nuestro amor para siempre, también.

Víctor Juan y José Luis Melero

REALIDAD Y FICCIÓN EN LA CONSTRUCCIÓN INVERTIDA DE LA IMAGEN EN EL OJO DEL PEZ[1]

Félix Romeo Pescador. Alumno COU
I.B. «Fco. Grande Covian»

I

Hablan de Paracelso en una discoteca:
Qué es la frivolidad?
(Ángel Muñoz Petisme).

Hace algún tiempo que observo en la pupila de mi cocodrilo una cierta sanguinolencia; antes de ayer –justo después de colocar unas cáscaras de naranja en la estufa– noté que de su ojo izquierdo brotaban tres cucacrachas –la primera descalza y las otras dos con zapatillas blancas similares a las utilizadas en el juego del tenis– y una serpiente que leía en voz alta un texto de Larrea en torno a la fragilidad de los cuerpos que me envolvió en un algodón rasgado por el llanto del hidrosaurio, que mojaba mi alfombra –si bien barata, cumple a la perfeccción–.

Sin embargo no son sus lloros por lo que me dirijo a usted sino su actitud: deja su ropa interior en medio del pasillo, descuelga el teléfono, abre mi correspondencia, enciende la televisión, desclava las agujas de mi colección de mariposas y cuando viene alguna visita se pone melancólico, se acerca a la ventana y hace como si mirara al infinito.

1. *Realidad y ficción en la construcción invertida de la imagen en el ojo del pez* fue escrito en el curso 1985/86 por un jovecísimo Félix Romeo, entonces alumno de COU en el Instituto de Bachillerato Mixto 14. El texto formó parte, junto a las aportaciones del investigador, fisiólogo y bioquímico Francisco Grande Covián, de Enrique Meléndez Andreu –Catedrático de Química Orgánica en la Universidad de Zaragoza–, de Pablo Larrañeta –Director del periódico *El Día*– y de Andrés Beltrán –Catedrático de Ciencias Naturales–, del catálogo inaugural que se publicó en 1986, con motivo de la definitiva denominación del Mixto 14 como Instituto de Bachillerato «Francisco Grande Covián».

En él, con 17 años, ya se puede apreciar la voracidad y profundidad lectoras de Félix Romeo, su capacidad para asombrar o sugestionar, el acertado tratamiento del lenguaje, la personalidad creadora que emerge desde el fondo del texto, su capacidad para aunar tradición e innovación, surrealismo y realidad, humor y tristeza.

Fue éste el texto escogido por Félix de los varios que nos dio a leer –a mí y a José Luis Calvo, hoy profesor de Literatura en la Universidad de Zaragoza– cuando, como si fuera un miembro más del Departamento de Lengua y Literatura, se reunía, aprovechando los recreos y tiempos muertos, para hablar de libros, de la realidad de Aragón, de situación social de la época y, sobre todo, de su avidez lectora.

Fotografía de página anterior: José Antonio Melendo

II

Lo más importante de la vida es no
haber muerto.
(Ramón Gómez de la Serna).

Adofo Bioy Casares en una entrevista publicada en un diario bonaerense en la primavera de 1976 afirma que no le hubiera importado pasar a la historia de la literatura como heterónimo de Jorge Luis Borges: cuando la visión se produce fragmentada o a la manera del pez, las imágenes se convierten en botellas de gaseosa, películas de Bud Spencer y Terence Hill –o incluso peores–, en Gaby, Fofó y Miliky o en los Chiripitifláuticos. (Además yo dibujaba a los moros mucho mejor que tú).

y III

Tal vez envíe una de mis piernas a los niños etíopes.

(Primero se limpia bien la sardina, que ha de ser más bien pequeña, pero sin exagerar. Limpiarla bien quiere decir, limpiarla bien, es decir, no conformarse con quitarle la cabeza y las tripas, sino también desescamarla. Una vez limpia, se pone en una cazuela, mejor de barro, bastante aceite y un ajo, o dos, según la cantidad de gente, y cuando el ajo está bien frito, dorado, pero sin quemarlo, se aparta del fuego y en ese aciete bien caliente se fríen las sardinas para que el aceite espabile y las ponga tiesas…).
(Manuel Vázquez Montalbán).

Ya no más muchacho; hagamos lo que urge
Ahora. Mejor cantaremos las canciones
Cuando venga él mismo.
(Virgilio).

CON PASO FIRME. Reseña crítica de *Dibujos animados*

Por Ramón Acín[2]

Decir que en *Dibujos animados* Félix Romeo (Zaragoza, 1968) nos narra un proceso de maduración no es faltar a la verdad y a la esencia de la obra. Pero ello no es lo primordial, sino tan sólo el resumen, el elemento aglutinador de las mil historias y, ante todo, mil ideas dispersas, aquí y allá, a lo largo de los casi doscientos fragmentos que dan consistencia a la entrega. En *Dibujos animados* no sólo pasan bastantes cosas, sino que, sobre todo, se insinúan todavía muchas más. De entrada comentar que el acierto del autor estriba en que sobre la aparente facilidad y sencillez de un texto que se asume con rapidez, se ha sabido disponer como una especie de bomba, de efecto retardado, que estalla con rotundidad en plena cara a nada que la lectura se convierta en algo más que el simple recorrido por las atractivas peripecias que constituyen la historia global del libro. Un libro al que, por cierto, el lector deberá darle la última forma lineal, puesto que las diversas historias que lo sustentan nunca aparecen en su relación causa/efecto o atendiendo a la concatenación temporal, sino dispersas, alternantes, reiteradas, esquilmadas, confusas, envueltas… como en un *puzzle* infantil.

Sobre ese tránsito especial del «rosa» infantil al «agridulce despertar» adolescente se ha instalado el narrador y, a golpe de confesión autobiográfica, va contando el tiempo del diablo en el que uno se despierta del sueño inocente y comienza a sentir las heridas de la vida y la acritud de la verdad. La presencia del yo –autobiografismo ficcional lleno de verosimilitud– cosido con habilidad a situaciones históricas, a hechos ciudadanos, a costumbres rastreables, a paisajes –calles, edificios– en su mayoría áun visibles, hace sentir en el lector el calor de la proximidad y de la realidad física hundiéndole hasta la cabeza por el sinuoso terreno de arenas movedizas que constituye *Dibujos animados,* un libro que se fracciona en múltiples posibilidades –las secuencias constructivas– y que permite la asociación cons-

2. «Artes y Letras», *Heraldo de Aragón,* 1994. Texto muy fragmentado del que fuera la presentación de la novela, cuyo acto tuvo lugar en la Biblioteca de Aragón.

tante –también multiple y continua– semejante a la de la misma memoria que lo sostiene y que le da aliento. Todo a retazos, como fogonazos intensos. Retazos/fogonazos que conllevan tanto la presencia de la muerte, el calor del cariño y de la amistad, el despertar del sexo, la ansiedad de lo prohibido, la visión de la familia, la asfixia del crecimiento, el peso del pasado, la falacia de las quimeras…, como la soledad del hombre. Un libro, reitero, que es mucho más de lo que aparenta a simple vista, en una primera lectura. Y con ello y sobre ello, el humor –bastante humor–, la ironía –aguda ironía–, el sarcasmo, la pasión… dispuestos siempre en aras a acallar el dolor que preside la vida por mucho que se oculte.

Dibujos animados está construido en secuencias mínimas –mejor como viñetas o como si fueran fragmentos de películas sin montar– que se intercalan, interfieren y ensamblan, para configurar, al final, la visión de una época muy precisa (años 70) y la de un espacio igualmente reconocible (Zaragoza y, en concreto, el barrio de Las Fuentes), visionados a través de los ojos de un niño que, a su vez, está trufado por medio de la memoria de un adulto –esos «ahora» que de vez en cuando toman vida en el texto–. Una circunstancia que posibilita una mayor y más viva percepción del tiempo y del humus íntimo y social rememorado y recuperado.

Familia, amigos, vecinos, escuela, viajes, periodos estivales…, cotidianidad en suma, constituyen el cuerpo narrativo para destilar risa a raudales y, a su vera, llanto, ansiedad y miedo, pasión y duda… Es decir, existencia y, sobre todo, conciencia de soledad y falta real de asideros del hombre ante esa existencia. De nuevo, por tanto, sobre la corteza de la apariencia, la lectura vuleve a guardar sorpresas y lo que parecía elemento clave (años 70, Zaragoza, barrio de Las Fuentes) se torna anécdota, simple sustento o ligazón para todo un bagaje más hondo que se culmina, nada menos, tras sucesivas capas de ideas y sentimientos, con el descargo de conciencia que, precisamente, abre con maestría la obra mediante la cita de Peter Handke: el horror «vacui» de la conciencia. La representación está preparando esos momentos y de repente uno advierte que no hay nada que representar. Es decir, uno comprueba que ni siquiera las palabras encierran algún misterio, que las quimeras no suelen tener sustento y que todo es barro que, por lo general, acaba desmoronándose. Ni al pelo el título, *Dibujos animados,* y la continua imagen que esa concepción de dibujos animados proporciona al lector atento. Y, además, la presencia identificativa con el Coyote.

El narrador ha sido durante todo el libro un Coyote ideando/buscando tramoyas para vivir y, como siempre, Correcaminos –investido de múltiples formas y situaciones– las ha ido destruyendo. El yo autobiográfico y la memoria recuperada toman nuevo sentido y la historia –construida sobre breves historias múltiples, hábilmente diseminadas, en *puzzle* se dijo antes– se adensa: «Coyote era Coyote pero nunca supimos qué era Correcaminos». El hombre, el narrador atraviesa la vida «andando por los aires» construyénsose caminos que siempre están, a última hora, suspendidos en el vacío. La obra, memoria de infancia, visión de los años 70, cruce del umbral y tantas cosas más, acaba siendo, pese a risas, gracias e ironías, de una tristeza tan heladora como cierta. Por algo, la muerte cierra *Dibujos animados.*

Finalmente, apuntar el buen uso del lenguaje, tendente a la frase corta y a la oración simple, tendente al punto, evitando la coma. Un lenguaje que elude los meandros, el barroquismo, la ampulosidad, el retorcimiento e, incluso, el adjetivo, a sabiendas de que puede quedar ralo y demasiado escueto, pero teniendo siempre en cuenta que lo que se necesita para la historia es captar la esencialidad de la comunicación, el mensaje directo que llegue al corazón del lector granado mediante unas historias próximas, dotadas de un humor suave y continuo. Y también, un lenguaje escueto en función de la verosimilitud, al reproducir el habla misma de un niño, del niño que parece estar narrando. De ahí, incluso, la perfecta disposición y uso de muletillas y frases hechas («y eso», «o algo así»…) que cierran, con rotundidad, un pensamiento o toda una historia.

No cabe duda: Con paso firme, Félix Romeo[3].

3. Con paso firme. El tiempo lo acabó demostrando.
Lo cierto es que entonces ya jugaba con ventaja. En los 8 años que median de 1986 a 1994, Félix Romeo fue, además de amigo y fabulador de historias, compañero de viajes, de comidas y de altas horas de la noche junto a muchos de los escritores que participaron en «Invitación a la lectura». Una atalaya privilegiada que me permitió ir más allá de la intuición, de la apariencia y de la charla de ocasión. Félix, por ello, además de ser un viajero permanente con «Invitación a la lectura», despegó también su actividad en el seno del programa didáctico. Lo hizo a través de artículos, tanto en los periódicos que el programa editó hasta 1999, como en la colección de «Textos didácticos» de MEC/Ibercaja. Entre ellos, recuerdo, los que versaron sobre Andreu Martín, Alfredo Bryce Echenique, Juan José Millás, José Saramago, Ángela Labordeta o Javier Marías. A partir de 1995, tras publicar *Dibujos animados* (1994), él mismo fue protagonista en las aulas de «Invitación a la lectura».

GOLOSINAS

Javier Aguirre

Félix se nos ha ido. Y tras su marcha, la inesperada ausencia comienza a mostrarse en toda su abrumadora magnitud. Ya se ha empezado a escribir sobre ello. Ya se ha empezado a escribir sobre Félix. Se ha escrito, por ejemplo, que no había nada que escapara a su interés, lo cual es literalmente cierto. No importa de qué se tratara, Félix solía mostrar una curiosidad que, sin duda, funcionaba como marca de fábrica, bien grabada en su código de barras. Lejos de tratarse de una curiosidad limitada al sobrio espacio de la mesa de biblioteca, como podría pensar el extraño que se enfrentara por primera vez a su grave aspecto de pastor calvinista de pobladas patillas, nuestro amigo Félix disfrutaba de la vida con la convicción de un búfalo. Félix disfrutaba de casi todo y de casi todos: de la compañía de amigos, conocidos y saludados, de los cómics de Taniguchi, Lauzier y Tardi, de la poesía de Yeats, Borges y Pessoa, de las kokotxas, las migas y el cuscús, de las piscinas, el cine de Dreyer y las aporías de Zenón. Y de las gominolas. Félix también disfrutaba de las gominolas, perversa pasión que compartíamos de un modo que se acercaba más a la militancia y a la mística que al simple mal gusto gastronómico. Félix y yo, que disentíamos en algunas cosas, compartíamos muchas otras. Pero quizás la que nos distinguía del resto de los amigos fuera nuestra pasión común por las gominolas. Y por las palmeras de chocolate (a considerable distancia de las de coco con mantequilla y las de fina capa de mermelada con cubierta de azúcar glaseado). Y también nuestra pasión por los roscones de navidad, que año tras año zampábamos en el Babel, mano a mano, en las vísperas de Reyes, ante la tolerante incomprensión de los amigos. Qué bien nos sabían esos roscones industriales del súper, bien entrada la noche, cuando ya nos daba igual arre que so. De una de aquellas noches de final de navidad recuerdo el aterrizaje forzoso de una caja de polvorones y mantecados –vaya usted a saber de qué aeropuerto habría despegado– que nos dio cuerda para un tema de cierto interés antropológico: ¿por qué en esos generosos surtidos lo que siempre queda para el final son los alfajores? Al parecer, pensamos, su densidad de agujero negro los convierte en el último y exclusivo refugio del yonki del mantecado. En fin: disparates. La última vez que disfruté de su compañía fue a finales de agosto de este año, pocos días antes de que yo partiera para unos meses fuera del país. Félix acababa de llegar de Albuquerque, Nuevo México, de donde había traído experiencias que, con la convicción y tozudez del creyente, transformaba en proyectos, para él, para sus amigos y para su ciudad, ay, Zaragoza, Zaragozita. Aquella noche, Félix trajo una bolsa de golosinas con la que podría haber resuelto la tarde del domingo en un internado de huérfanos. Gominolas, ositos y jamones, regalices, cerezas y fresones, conformando todas ellas un colorido paisaje de feria capaz de hacer sonrojar de pudor al más curtido granadero de la guerra del 14. Pero no a Félix. Como de costumbre, las señoras y señoritas presentes consintieron en tomar una o dos chuches, mientras los caballeros optaban por pasar displicentemente del asunto. Y como de costumbre, Félix y yo nos pusimos a la tarea, con un par, dispuestos a librar una batalla que, en principio, parecía perdida. Y así pasó la noche, entre risas y amigos, entre chistes y cervezas, entre fresones y picapicas. Al final sólo quedaron las bolas anisadas, que, para quien no las conozca, son como los alfajores de las chuches. Qué pena, Félix, que ya no estés entre nosotros. Qué pena, me cago en dios, no poder disfrutar de tu apabullante humanidad. Las vísperas de Reyes ya no serán lo mismo sin ti. El mundo, todo él, ya no es lo mismo sin ti. Pero espero que, allí donde te encuentres, amiguito, las palmeras sean de chocolate negro, los alfajores sepan a almendra tostada y los roscones de Reyes te traigan una bonita sorpresa.

PRIMEROS SEGUNDOS SIN FÉLIX

Luis Alegre

Desde siempre he escuchado que la gente, en el instante justo antes de morir, ve desfilar toda su vida. Nadie nos lo ha confirmado pero eso es lo que dicen. Lo que sí puedo contar son algunas de las cosas que pasaron por mi cabeza en el instante siguiente a recibir una noticia muy complicada de empeorar: la muerte de Félix.

Pasaban unos quince minutos de la una del mediodía del viernes siete de octubre de 2011. Yo estaba en casa de mi madre, sentado en la mesa del salón de estar, mirando en mi ordenador el correo electrónico. En ese momento respondía un email que nunca llegué a enviar. Sonó el móvil y vi «Dani» en la pantalla. Hay personas cuyo nombre te alegra mucho ver en la pantalla del móvil y Dani es una de ellas. Dani es Daniel Gascón. Cogí el teléfono y le dije algo así como «¿Qué tal amiguito?». Daniel fue al grano: «Ha muerto Félix».

En la milésima de segundo siguiente mi reacción fue de absoluta incredulidad. Como Daniel jamás me gastaría una broma como esta, tuve la tentación de pensar que estaba dentro de una pesadilla. El golpe fue tan insoportable que ahora no recuerdo exactamente lo primero que balbuceé. Sí que sé que le pregunté a Dani cómo y dónde había sido. Y que él me contó que había llamado a los padres de Félix y a Lina para darles la noticia. Le dije que iba a avisar a otros amigos para liberarle un poco de semejante trago. Y colgué el móvil. Entonces, pensé en Daniel y en su hermana Aloma. Entre Félix y ellos existía una adoración total. Félix confiaba mucho en su talento y sentía debilidad por ellos. Félix había muerto en casa de Aloma y Daniel me había dado la noticia. Fue algo en lo que me quedé pensando un rato. Sin saber muy bien qué pensar.

Como un zombi, me levanté de la mesa y me senté en el sofá. Mi madre vino a meterme en la boca un gajo de pera. No le dije nada. Ella también quería mucho a Félix y procuré retrasarle el disgusto lo máximo posible. Me encerré en mi habitación para que no me escuchara. Yo le había preguntado a Dani si lo sabía José Luis –Pepe– Melero y Dani me dijo que aún no le había avisado. Me tumbé en la cama y llamé a Pepe. Fue el primero en el que pensé, tal vez porque en los primeros instantes después de saber que había muerto visualicé la noche en la que conocí a Félix en El Ángel Azul, en las navidades del 85. Pepe me había llevado a ese café muy pocos días antes para que conociera a Ignacio Martínez de Pisón. Pero, cuando cogió su móvil, Pepe no me dio opción. Ya lo sabía. Mantuvimos una conversación dolorosamente embarullada. Muy aturdidos, como dos locos, nos quitábamos la palabra para decirnos cuánto habíamos querido a Félix y que nos parecía mentira que se hubiera ido. Y nos echamos a llorar. Después llamé a otros amigos: Eloy Fernández Clemente, Ismael Grasa, Genoveva Crespo, José Luis Campos, Miguel Mena –que tenía el móvil apagado–, Cristina Grande y Mariano Gistaín, al que le dejé el terrible mensaje en su buzón de voz. Me llamó David Trueba y luego Mariano. Y Ángela y Ana Labordeta. Y Cuchi, Miguel Pardeza, Eva Cosculluela y Antón Castro, otra de las grandes referencias de Félix. Y muchos más. Algunos lo hacían para que les confirmara una noticia que no se podían creer. Todos hubiéramos dado cualquier cosa por estar viviendo dentro de una pesadilla.

Luego, salí de mi cuarto, me metí en la cocina y decidí contárselo a mi madre con la máxima delicadeza de la que fui capaz. «Se me ha muerto un amigo, mamá». Ella, antes de saber de quién se trataba, me dijo, sencillamente, «Ay, hijo mío». Cuando le conté que era Félix, mi madre, que ha visto morir a buena parte de sus seres más queridos, se sentó en el sillón y dijo: «¿Félix? Dios mío, hijo mío, Dios mío».

En Lisboa. Fotografía: Cristina Grande

Me volví a la cama, a llorar y a seguir hablando con un montón de amigos estupefactos. Entre llamada y llamada mi vida con Félix se me venía encima. Me acordé de que Félix siempre insistía en que era la certeza de que iba a morir lo que le hacía exprimir la vida. Me acordé de José Antonio Labordeta y de la pareja que hacía con Félix. Fue muy duro perder al Abuelo y era muy duro perder a Félix. Y había sido muy duro también perder a la pareja que formaban. Pensé en que cuando alguien tan querido y tan decisivo para ti se moría tú te morías un poco con él. Y pensé en lo hija de puta que podía llegar a ser la vida. Se me aparecían imágenes incontrolables y, algunas, raras, muy raras y muy inesperadas. Me acordé por ejemplo de la época en la que Félix me llamaba por teléfono todos los días hacia las doce del mediodía desde Madrid, cuando dirigía *La mandrágora*. Aún no teníamos móvil y yo nunca cogía el teléfono fijo hasta que comprobaba la voz que dejaba el mensaje en el contestador. Félix siempre repetía «Amiguito, amiguito, amiguito, amiguito, amiguito…» hasta que yo descolgaba el auricular. Palabras como esas retumbaron en mi cabeza aquella maldita mañana de octubre: Amiguito, amiguito, amiguito, amiguito, amiguito.

PARA RECORDAR A UN AMIGO

Rafael Artal

Desde que Félix Romeo falleció, sus amigos nos han dejado muestras de su dolor en innumerables frases que recuerdan a ese amigo «siempre amable, siempre brillante, siempre curioso, siempre original, siempre dulce, siempre usando ese humor aragonés que tanto nos gusta a los que nos gusta» (Ángeles González Sinde. *El País*). «Un aragonés tierno, de esa estirpe inteligente que va de Gracián a Buñuel» (Xuan Bello. *El Comercio*). Un hombre que «partía de unos principios claros y firmes, fundamentalmente una defensa de la libertad, de los derechos humanos y de la democracia por encima de todo» (Miguel Aguilar. *Letras Libres*).

Cada palabra escrita estos días sobre Félix es un homenaje a su amistad, a su generosidad, a su amor a la literatura y a la cultura, y a su capacidad de trabajo. Rasgos que le han convertido en «figura clave dentro de una generación de autores que encontró en él a un aglutinador, a un agitador y a una de sus voces más lúcidas y sólidas» (Elsa Fernández Santos. *El País*). Esa «persona que tiende el puente con las generaciones anteriores», que sabe de las cosas «que importan en una orilla y de las que importan en la otra» (Ángeles González Sinde. *El País*). Y que «como crítico supo mantenerse fiel a la consigna juanramoniana: Ser amable con los viejos, ser duro con los maduros, ser generoso con los jóvenes» (Juan Bonilla. *El Mundo*). Críticas literarias que «se mantuvieron, hasta el último día, como la rima perfecta entre inteligencia y exigencia» (David Trueba. *El País*).

Félix «poseía una cultura exuberante, y parecía disfrutar lo mismo adquiriéndola que repartiéndola» (Javier Cercas. *El País*). Aportó ideas, generó proyectos, «hizo escritores a Cristina Grande, Ismael Grasa, Eva Puyo o Aloma Rodríguez y Daniel Gascón... ¡incluso consiguió que Labordeta escribiera! Empujaba a todos a perseguir sus sueños» (Mónica Martín). «Veía al escritor antes que él mismo. Lo instigaba a escribir, lo convencía» (Malcom Otero Barral. *Letras Libres*). Muchos «acabamos escribiendo gracias a él… es el escritor que más ha hecho por la literatura en este país en los últimos 15 años» (Lara López). Y «con un mérito añadido: siempre desde Zaragoza, manteniendo allí un núcleo duro que convirtió la ciudad en un epicentro cultural» (David Trueba). A pesar de haber vivido en Madrid en la época que dirigió el programa de TVE *La Mandrágora*, jamás se marchó de Zaragoza donde «continuó ejerciendo… de generoso anfitrión, con su grupo de cómplices aragoneses» (Martín Casariego. *El Mundo*). «Disfrutaba de sus amigos y del amor de Lina y de Zaragoza, ciudad de la que se sabía hasta el mínimo detalle» (Lara López. *El País*). «Era una locomotora que no apagaba el ordenador nunca y no se perdía un partido del Zaragoza en La Romareda, ni unos regalices de camino, ni las cenas con sus amigos» (Peio H. Riaño. *Público*). El Real Zaragoza, una de sus grandes obsesiones. Yo mismo le conocí un domingo de fútbol al salir del estadio, gracias a mi padre, Ángel Artal, que me dijo que tenía que conocer a este tipo extraordinario. Ahora la ciudad que convirtió en «capital cultural de primer orden adonde había que ir» (Miguel Aguilar. *Letras Libres*) le llora.

Sigamos recordándole a través de estas frases extraídas de escritos de no aragoneses que vieron en «su honestidad a la aragonesa un refugio para sus inquietudes» (Elsa Fernández. *El País*). Frases que a modo de tweets conforman un "timeline" de red social, la que Félix tejió a su alrededor con ese carácter de aragonés «ancho, enorme, excesivo y apasionado» (Martín Casariego. *El Mundo*). Un escritor de firma «encendida, furiosa, libre, polémica, inteligente y divertida» (Peio H. Riaño. *Público*), «tan generoso que le habría escandalizado leer todos los elogios» (Fernando Iwasaki. *ABC. Edición Sevilla*). Félix Romeo, «escritor generoso, joven, enorme de cuerpo, corazón e ingenio» (Guillermo Busutil. *La Opinión*

de Málaga), «sacamantecas buenote, desbordante de una contagiosa humanidad en la que se entremezclaban el sarcasmo hiriente y la cariñosa eutrapelia» (Juan Manuel de Prada. *ABC*). Un hombre que «era feliz cuando los que le rodeaban también lo eran. Por eso su amistad era una fiesta» (Jordi Puntí. *El Periódico*).

Timeline. #FélixRomeo

Virginia Díaz (www.rtve.es/noticias): «Félix Romeo hizo que, definitivamente, la lectura fuera un placer».

José Carlos Llop (*Diario de Mallorca*): «el primer síntoma de que tu libro había sido distribuido en España era la feliz noticia de Félix y su lectura… las casetas librescas de la Cuesta de Moyano eran su metáfora cotidiana del paraíso».

Enrique Villagrasa (*Qué Leer*): «Hoy aún sigo despistado y no logro salir del restaurante de Zaragoza, «Casa Emilio» creo, donde me llevó una vez hace tanto tiempo ya… ¡Gracias por escribir Félix!

Juan Cruz (*Blogs El País*): «Ya no está esa risa, ese abrazo que fue símbolo legendario de la amistad sin frontera».

Laura Revuelta (*Blogs ABC*): «Capaz de meter en 1.000 palabras tantas cosas y tan diversas y tan bien hiladas… El colaborador perfecto, aquel que siempre da cuando se le necesita y nunca se queja».

Edmundo Paz (*elboomeran.com*): «Me sorprendió lo cariñoso que era a pesar de su facha de bouncer de discoteca. Defendía sus ideas con pasión, y era capaz, literalmente, de bajar al ruedo por ellas».

Elías Moro (eljuegodelataba.blogspot.com): «Con ese aspecto bonachón de alguien con quien te irías sin dudar a tomarte unas cervezas para acabar la noche con la lengua incierta y un festival de abrazos, con esa mirada tierna y escéptica a la vez».

Ricardo Cayuela Gally (*Letras Libres*) «Dios de la fatalidad… ¿por qué si en tus planes estaba tomar prestado a uno de nosotros (¿nosotros?, no hay nosotros sin él) te llevas al mejor, gañán alevoso y cruel?... ¿En qué perversa imaginación divina cabe mandar a un ángel atrapado en el cuerpo de un luchador de sumo, a un heraldo de la amistad en el sayo de *rayo aparatero*?».

Angélica Tanarro (*blogs.elnortedecastilla.es*): «Alegría. Eso era lo que rezumaban sus correos, llenos de signos de admiración y de detalles cómplices. Lo mismo sus palabras».

Jonás Trueba (*Elmundo.es/blogs*): «La mejor lección que Félix nos daba era la de no refrenar nunca nuestras pasiones, la de tratar de contagiar el placer por las cosas que nos gustaban».

Lucía Etxebarria (*Facebook*): «Un hombre increíblemente cariñoso, que siempre tenía la sonrisa a flor de labios y la palabra amable preparada».

Fernando Iwasaki (*ABC. Edición Sevilla*): «Lean sus libros y descubrirán a un escritor tierno, gamberro, friki, genial, humano, lírico, erudito, melancólico y sentimental… una suerte de "aleph" literario y zaragozano».

Javier Cercas (*El País Semanal*): «Sería fácil compararlo con los protagonistas de las novelas de Saul Bellow, con uno de esos intelectuales desmesurados que, como Humboldt o Ravelstein, parecen encarnar toda la magnificencia contradictoria del ser humano».

Malcom Otero Barral (*Letras Libres*): «Ni la suma de todo lo que se ha escrito tras su abrupta e inesperada muerte se acerca a una descripción aproximada de lo que fue Félix».

UNA CASA CON MÚSICA DE BATTIATO

Antón Castro

Durante algunos años, cuando iba a Madrid a ver exposiciones o a realizar entrevistas para *ABC* o para *El Periódico de Aragón*, siempre dormía en casa de Félix. En su casa de la plaza de España: en un piso modesto y con vistas donde se sentía especialmente cómodo. Yo dormía en un sofá-cama de colchón delgado, rodeado de libros, y oía respirar a Félix en la habitación de al lado. Leía hasta deshora. Tenía la casa tapizada de libros: libros nuevos que acababan de mandarle, libros viejos tocados por el oro sucio del tiempo, revistas. En el baño había una montaña de tebeos de todas las estéticas y de todos los temas, incluidos los eróticos. A Félix parecía interesarle todo: los arquitectos madrileños, los escritores menores del 27, la vida en la Residencia de Estudiantes de Pepín Bello, Luis Buñuel, Sánchez Ventura, o de la pianista Pilar Bayona, que siempre fue uno de sus mitos. Había encontrado un folleto insólito de Goya, un manuscrito vinculado a los reyes de Aragón, un libro dedicado, una colección de revistas de poesía de época, había encontrado el poemario *La voz apasionada* de Julio Alejandro Castro, ilustrado por Timoteo Pérez Rubio y fechado en 1931, nada menos. En cuanto salías a la calle con él, y era la época en que le gustaba comer en restaurantes italianos, siempre te presentaba a alguien en la cuesta de Moyano o en sus librerías secretas: «Esto te interesará: es de bandoleros». Apenas parábamos en casa, entonces trabajaba en *La Mandrágora* y sus amigos más constantes eran Pepa Bueno y Chimi, José Antonio Labordeta, los Trueba, el núcleo aragonés de Madrid, entre ellos Luis Alegre que codirigía con Concha García Campoy *La gran ilusión*. De vuelta intentabas curiosear todo lo posible en su mundo en desorden. Él siempre iba por delante. Trabajaba en cualquier parte y sin notas, aunque alguna vez le he visto algún cuaderno y dibujos de arte bruto de monigotes que parecían los de Javier Tomeo, a quien mimaba como mimaba a José Antonio Labordeta. Había otra cosa que me gustaba mucho de su casa: su aparato de música y sus discos de Portugal y su órbita: Mariza, Mísia, Cesária Évora, Carlos do Carmo, Amalia Rodrigues. Le hacía rabiosamente feliz Franco Battiato y especialmente una canción *Yo quiero verte danzar*. Y también *Nómadas*. Ponía un disco y cuando se iba de casa lo dejaba sonando. «Así la casa también se pone algo más contenta y, además, espanta a los ladrones. Piensan que hay alguien dentro», decía, mientras giraba la llave.

EN UN BUEN DIBUJO LOS TRAZOS MÁS IMPORTANTES SON LOS QUE NO SE HACEN

Pepe Cerdá

Los que dibujamos sabemos que en un buen dibujo los trazos más importantes son los que no se hacen. Sólo en el vacío sin delimitar, en el blanco del papel, la mirada puede deambular y construir el verdadero dibujo en la mente del que lo mira. Es en la mente del que lo mira donde el dibujo «se termina» verdaderamente. El vacío permite que los ojos paseen y de paso que los pensamientos les acompañen. Un buen dibujo es un conjunto de espacios vacíos.

Es lo mismo que ocurre con los paisajes y los territorios, son las líneas en los mapas las que los pretenden acotar. Pero el mapa no es el territorio y las fronteras no lo explican. Sólo lo delimitan, lo encierran, lo convierten en prisionero y lo etiquetan poniéndole nombre. Sólo lo domestican. Un territorio es lo que es: un conjunto de características paisajísticas por las que la mirada transita libremente, dejándose ir, mientras es acompañada por los pensamientos.

En una relación de amistad verdadera, como la que yo disfruté con Félix Romeo, son mucho más importantes las frases no pronunciadas que las dichas. Es durante los silencios cuando la comunicación alcanza su más alta eficacia. Félix y yo pasamos centenares de horas charlando el uno con el otro (sólo en los varios viajes que hicimos en mi furgoneta a París ya sumaríamos más de un par de centenares) pero también pasamos centenares de horas callados el uno junto al otro.

Ahora, cuando recuerdo mis charlas con Félix, no recuerdo ni una sola referencia a su estado de ánimo, ni a sus relaciones sentimentales, ni a su estado de salud. Supongo que no hacía falta. Él sabía que yo ya sabía.

Félix y yo nos mirábamos como cuando uno se mira en el espejo: asombrado de cerciorarse de su reflejo; asombrado de que uno sea, además, otro. Cuando uno está ante su reflejo se tiene la seguridad de que el otro «oye» lo que uno piensa. Sólo cuando la resaca es enorme, cuando el mal del alma se nos apodera, se habla uno a sí mismo ante el espejo en voz alta. Como teatralizando nuestro propio personaje.

Cuando yo estaba con Félix tenía la absoluta seguridad de que él oía lo que yo no decía. Es más, oía muchísimo mejor lo que no decía que lo que decía.

Félix y yo sabíamos que era innecesario plantear entre nosotros las «grandes cuestiones». Sólo nos acercábamos a ellas para deambular en sus alrededores por medio de paradojas sin una verdadera intención comunicadora. Sabedores de que hay asuntos que en cuanto se nombran, por el mero hecho de nombrarse, desaparecen y pierden su verdadera importancia. Para decir la verdad nunca ha hecho falta hablar.

El asunto que más nos unía y del que nunca hablábamos era de la imperiosa, y eternamente postergada, necesidad de construir nuestra obra, nuestra verdadera obra. Él y yo aparentábamos estar mucho más interesados en la vida que en la pintura, en mi caso, o en la literatura, en el suyo. Pero no era cierto. Es una absoluta evidencia que él entregó su vida a la literatura, a la suya y a la de los demás. Pero disfrazaba este hecho ante los demás dándole poquísima importancia a su trabajo, desdeñándolo incluso, y una importancia desmedida, casi siempre injustificadamente, al de los demás. Él tenía el vicio de empujar a los demás hacia sus anhelos y destinos insuflándoles la seguridad en sí mismos que les faltaba. Seguridad, que por decoro y consciencia no se insuflaba a sí mismo. Él sabía que yo sabía y el tema se zanjaba antes de plantearse.

Otro asunto del que manteníamos un absoluto decoro era sobre las cuestiones afectivas. Conocí a Félix desde los primeros ochenta hasta su muerte. Es decir durante casi treinta años. En los últimos quince, desde mi vuelta a Zaragoza, nos veíamos con muchísima frecuencia y estaba puntualmente al tanto de sus avatares amorosos. Jamás me comentó nada al respecto. Él sabía que yo sabía. Que sabía de su zozobra, de su atrabiliaria y desaforada necesidad de amar. De su necesidad de vivir desde la pareja y de la imposibilidad de verbalizar lo importante, de comunicarse verdaderamente.

Tampoco hablábamos de la muerte. La mayoría de los hombres viven como si no fuesen a morir nunca. No era el caso de Félix. Félix vivía con el afán que viven los que saben que la muerte está muy cerca. Tan sólo basta con extender los brazos para acariciarla con la yema de los dedos. Por eso se bebía la vida y las ciudades con fruición. Quería conocer todos los rincones, todos los restaurantes, todas las librerías, todas las gentes, de todos los pueblos y ciudades del mundo.

No hablábamos nunca de dinero. No lo hacíamos por el pudor al dinero que hace que los más pobres sean los que más se empeñan en pagar las rondas. Ambos considerábamos una obligación para con la vida vivir muy por encima de nuestras posibilidades. Intentábamos exorcizar nuestra condición de chicos de barrio pagando dry martinis en las barras más sofisticadas de Europa a chicos y chicas bien del mundo de la cultura. Sólo me habló de dinero la última vez que le vi. Apenas un par de semanas antes de su muerte. Estaba muy preocupado por su inmediato porvenir. Ya nadie pagaba por lo que él sabía hacer. Los periódicos y medios de comunicación tendían a pagar «cero» a sus colaboradores. Me preocupó. Y le llame al día siguiente con un par de ideas, no sé si buenas, pero le quitó importancia al asunto. Fue la última vez que hablamos.

No hablábamos de estas cuestiones porque sólo se verbaliza ante el espejo lo que no se sabe, lo que se quiere oír para ver cómo suena, para probar, para tantear un nuevo camino. Lo que se sabe intrínsecamente no es necesario decírselo a uno mismo. Ni siquiera es necesario pensarlo.

Félix ha muerto. Ya nunca podré mirarme en el fondo de sus inquirentes ojos azules. Ya nunca viajaremos durante horas en coche. Ya no tendré un espejo donde verme.

En las celdas de castigo nunca hay espejos.

Ismael Grasa, Daniel Gascón, Cristina Grande, José Luis Melero, Luis Alegre, Félix , Rodolfo Notivol y Pepe Cerdá.
Fotografía: Ana Bendicho

DEL TAMAÑO DE LA VIDA

José María Conget

Amaba la vida con la desmesura que marcaba su carácter y por eso mismo todos atravesamos unos blancos segundos de incredulidad cuando nos llegó la noticia de su muerte, una incongruencia absurda. Por eso, también, por la extrañeza de que los heraldos negros hubieran señalado a quien tan alejado estaba de su sombra, lo primero que convoca su recuerdo es la impresión de contundencia. Contundentes solían ser las opiniones de Félix como contundente era su presencia física. Nadie ha dejado de subrayar su capacidad para absorber información y su voluntad de abarcarlo todo, cine y literatura, arte y política, los proyectos de sus amigos –que a menudo habían surgido de ideas que el propio Félix nos había proporcionado– y la memoria de su ciudad. En cenas tumultuosas su voz se alzaba por encima de las ajenas; si no podía asistir a una reunión se le llamaba por teléfono para que desde cualquier lugar de Europa vibrara el eco de su compañía vicaria; ningún festejo empezaba de verdad mientras él no aparecía. Era una fuerza de la naturaleza y de la inteligencia, alguien que en inglés se califica con la expresión *larger than life*, más grande que la vida.

Y sin embargo creo que esa visión, siendo acertada, se queda paradójicamente corta. Había otro Félix al que yo echaré más en falta que al lector infalible de las últimas novelas ucranianas y que estaba al tanto de las muy interesantes revistas literarias de la República Checa. Yo echaré en falta al hombre vulnerable, leal y con una capacidad de amor todavía superior a su asombrosa digestión de los mil sabores de la cultura. Echaré en falta su discreción y pudor que camuflaban la ternura, auténtico motor, y no el gusto por la controversia, de sus actividades cotidianas. Y su vocación por la alegría que ni siquiera los golpes más duros, y algunos recibió, le hicieron declinar. Parecía más grande que la vida. Pero para fortuna de los que lo tratamos Félix tenía la medida exacta, generosa y frágil –ahora sabemos que demasiado frágil– de la vida misma.

Eva Puyó, Ismael Grasa, Javier Tomeo y Félix . Fotografía: Cristina Grande

EN ZARAGOZA HAY MÁS DE CIEN RESTAURANTES CHINOS

Eva Cosculluela

La primera vez que hablé con Félix Romeo, a los dos minutos de conocernos me dijo una frase que volvería a escuchar muchas veces: «Así no os haréis ricos nunca». Había entrado a la librería por primera vez, y cuando vino a la caja a pagar el libro que había elegido le pedimos que nos dedicara *Dibujos animados*. Dibujó una caricatura de sí mismo, más gordo y más feo, y mientras escribía nos dijo que con esa venta estábamos perdiendo dinero. En esas primeras frases que cruzamos, Félix ya nos estaba regalando un resumen muy condensado de cómo era, nos estaba dando la clave para entenderlo: siempre quería que a los demás les fuera bien, que tuvieran éxito, que triunfaran. Le enfadaba mucho que a alguien a quien quería pudieran irle mal las cosas.

Una forma muy habitual en Félix de empezar una frase era: «¿Sabes lo que tendrías que hacer?» y a continuación soltaba un torrente de ideas, miles de cosas –algunas sensatas, otras disparatadas– que él pensaba que podían ser buenas para ti, que te iban a hacer mejor. Pero quien realmente te hacía mejor era él. Casi siempre parecían auténticas locuras –como cuando insistía en que pusiéramos un ascensor en forma de globo en la librería para que los niños jugaran–, pero la mayor parte de las veces, cuando te ibas a casa tenías su idea resonando en la cabeza y veías claramente que tenía razón. Félix veía mucho más lejos de lo que vemos los demás, era capaz de adelantarse varios pasos a todo y su clarividencia, a veces, era difícil de entender. Pero sus ideas y la seguridad con la que defendía aquello en lo que creía siempre te cambiaban la vida. No sé si habrá alguien que haya conocido a Félix al que no le haya cambiado al minuto de conocerlo. Yo, desde luego, no lo conozco.

Félix practicaba el *self-deprecating* que tanto detestaba en los demás, y cuando destacaba las cualidades de alguien, muchas veces añadía la coletilla de «no como yo, que…» y se quedaba tan ancho. Como si siempre sus amigos fueran mejores. Como si él, que realmente era quien nos empujaba a todos a ser felices, no tuviera ninguna importancia. Como si eso que hacía –todo lo que hacía– fuera algo fácil. Creo que debió de ser él quien inventó un término que ahora está muy de moda, «poner en valor». Cuando Félix presentaba a dos personas, multiplicaba por mil las cualidades que tuvieran y los convertía en alguien importante. Era su forma de decir que iban a conectar, que sabía que los dos tenían mucho que ofrecer al otro. De alguna forma estaba creando una conexión entre ellos, porque él tenía claro que esas dos personas encajaban dentro de un orden que sólo estaba a su alcance, y que siempre descubríamos cierto.

A Félix le gustaba mucho apostar por cosas tontas, ya fuera la edad a la que murió Boris Vian o quién había marcado un gol del Zaragoza en un partido amistoso hace veinte años. Casi siempre ganaba. Una noche en que hablábamos de los restaurantes que abrían en la ciudad, Félix aseguró que en Zaragoza hay más de cien restaurantes chinos. Lina Vila y Félix González rápidamente le llevaron la contraria, y yo le di la razón, más por disfrutar del juego que por pensar que realmente era así. Durante mucho tiempo, en sus paseos con Ismael Grasa contaba los restaurantes chinos por los que pasaban, y cuando nos veíamos de nuevo insistía en que era cierto, que sí, que esa misma tarde había pasado por veinte en las Delicias. Y, claro, en ese momento era difícil replicarle que un bar con un camarero chino no valía. O que un bar con muchos clientes chinos tampoco contaba para nuestra apuesta. Félix defendía eso con la misma pasión y la misma vehemencia con las que defendía la democracia, la libertad y el respeto.

A Félix le encantaba brindar, siempre por los demás. Cualquier motivo era bueno para gritar lo bueno que era un escritor o lo feliz que le hacía el éxito de un amigo. Su frase favorita para el último brindis, después de chocar las copas una y mil veces, cuando ya no quedaba nadie por elogiar, era «que cuando estemos peor, estemos como ahora». Pues no, querido Félix. Déjame llevarte la contraria una vez más: estábamos mucho mejor contigo.

Fotografía: Aloma Rodríguez

PORTUGAL EN MI AMISTAD CON FÉLIX

Eloy Fernández Clemente

Era difícil ser sólo amigos. Desbordaban en sus manos los conceptos, incluido el de la amistad, tan querida. Chirriaban las viejas palabras, las apretujaba con rabia y con pasión, quería que dijeran mejor y más cosas.

Le conocí de la mano de sus entonces profesores Ramón Acín y José Luis Calvo Carilla, en su Instituto de las Fuentes, hace casi treinta años; ya me habían hablado de él. He visto pocas veces a alguien tan ávido de saberlo todo, de vivirlo todo, de apretujarlo todo.

Compartí, desde entonces aunque algo a distancia, esa biografía que tantos han glosado estas semanas atónitos, anonadados, incrédulos. Era una relación guadianesca, viéndonos en librerías, presentaciones, o tras sus numerosos viajes y cuando vivió en Madrid; hablábamos sobre todo de libros. Y las célebres cenas en Casa Emilio, presididas por Labordeta, llenas de gentes divertidas, de bulla, dominadas por sus enormes gritos, su repetición de los nombres de aquellos a quienes quería mostrar afecto, sus enormes golpes en la mesa, ritos de fiesta tribal.

Era muy crítico con la Universidad, un paraíso absolutamente perdido para él, que le había defraudado, y creo que yo le chocaba: que Labordeta fuera el gurú y al nivel de todos, bueno; pero que este viejo cátedro lleno de historias y leyendas también anduviera con ellos, quizá era demasiado. A veces se ponía un tanto pesado, alguna hubo en que al día siguiente nos envió a todos una circular de autoflagelo, pidiendo perdón. Sé que me quería mucho (como yo a él), y no sabía cómo expresarlo mejor, si con sus abrazos tímidos, sus insidiosos comentarios o sus gritos.

Leí con curiosidad y gusto sus tres libros y cientos de artículos, y sus estupendas traducciones del italiano (Natalia Ginzburg y Daria Galatea). Traducir le parecía, comentaba, un ejercicio esforzado, de busca de un estilo intermedio entre los autores y su versión. Pero, sobre todo, disfruté mucho sus traducciones del portugués en Xordica: de *Biblioteca*, de Gonçalo Tavares (que tanto gustó a Saramago y a Vila Matas) y los cuentos *Y si mañana el miedo*, del angoleño Ndalu de Almeida (Ondjaki). Para Olifante tradujo, además, *Un caballo en la niebla*, de José Viale Moutinho, una selección (1986-1989) que hizo él mismo.

Nos unió mucho Portugal (también con Antón Castro), para ambos muy próximo y querido, y a la vez tan diferente, en sus palabras: «parecido a un sueño poco definido, neblinoso y algo mágico». Me pedía que le trajera revistas, catálogos, libros, cuanto cupiera en mis ya pesadas maletas, y agradecía mucho que me acordase de los encargos. Hablábamos de sus y mis autores preferidos, me contaba el origen de su lusismo, como dijo en una entrevista en *Hoy*, de Badajoz, con motivo de las III Jornadas de Lengua y Literatura Portuguesa, en octubre de 2009: «Portugal me despertaba simpatía, y pensaba que podría ser, no sé de qué manera, un modelo. Me fascinaba su cultura, aunque lo ignoraba casi todo de ella, y me gustaba Lisboa... Leía a sus escritores, sobre todo a Pessoa, y tenía la osadía de traducirlos. Ahora, que he ido muchas veces a Portugal y puedo decir que lo conozco algo, el país me sigue fascinando. Lisboa, sobre todo: es una gran capital y al mismo tiempo una pequeña ciudad, una combinación nada fácil de conseguir».

La publicación en portugués de su *Discothèque* (una muy pulcra y hermosa edición de Minotauro y Edições 70, y una traducción preciosa de Luis Filipe Sarmento) con destinos en Portugal y Brasil, le llenó de alegría. Cuando, a fines de octubre de 2010, vino a Zaragoza mi colega la catedrática y gran amiga Magda Pinheiro, quedamos con él, en uno de esos cafés en la ribera izquierda del Ebro, le regaló el libro, tomamos el sol, las cervezas y las cosas de picar soñando portugales. Yo le conté, de mi última escapada, que en la Feria del Libro de Lisboa estaba expuesto con profusión. Y aún siento su mano algo cerrada al estrechar la mía con su clásico saludo: «Hola, amiguito»…

VENECIA. INVIERNO

Víctor Forniés

El calor y la humedad son insoportables en el mes de julio. Recuerdo que me dijiste que te gustaban las ciudades verticales. Qué curiosidad poder vivir tus primeras impresiones sobre una ciudad que genera numerosas expectativas al viajero, provocando sensaciones olvidadas en la adolescencia. Lina, Vicky y yo habíamos perdido esa inocencia de la primera visita, la tuya estaba intacta, qué envidia. No quería perderme la expresión de tu rostro cuando saliéramos de la estación y escudriñaras la primera estampa de la ciudad, el primer canal, el primer puente, el primer desayuno ¿sentirías lo mismo? La noche anterior en Milan descubrí tu familiaridad con el idioma, al escuchar la eufórica conversación que entablaste con el taxista sobre su lugar de vacaciones. Allí estábamos los cuatro disfrutando de nuestro lugar de vacaciones. Antes de dejar las maletas en el apartamento ya recorríamos el Gran Canal. Si no había asientos libres en la parte trasera del Vaporetto nos quedábamos de pie junto a la barandilla, era la mejor forma de admirar la marca de agua en los edificios, igual que los niños que sacan la cabeza por la ventanilla del coche. Así de sencillo. El paisaje de la ciudad se encargó de enamorar a Félix. Nos perdíamos y volvíamos a encontrar el camino, por fin llegamos a Campo de Santa Margarita, desapareciste para volver a aparecer, la plaza ya te conocía. Nos llevaste a la mejor terraza para el primer Spritz. Nuestro apartamento tenía balcones al canal para ver como pasaban los barcos que transportaban los helados que nos comeríamos esos días. Entrábamos a comprar el desayuno en una panadería de Cannaregio, el barrio donde nos alojábamos o como te gustaba que dijera donde vivíamos. Yo te insistía «Félix, tenemos que ir a la plaza de San Marcos todavía no la conoces», pero me diste una visión más pausada de la ciudad: «no importa, todo es Venecia». Una tarde muy calurosa volviendo de la Biennale entramos en varias heladerías después de rechazar las terrazas de San Marcos. No importa todo es Venecia. Repetimos el placer de probar sabores inolvidables todas las tardes. El último día conseguiste encontrar el mejor helado de sabor Liquiriza, el favorito de Lina, qué maravilla saber cuidar a la mujer que tanto amas. El Vaporetto estaba llegando a la parada de Arsenale. Íbamos a bajarnos allí, tu mirada estaba abstraída en el atardecer sobre la laguna, entonces gritaste: ¡Vamos al Lido! Esa noche celebramos allí mi cumpleaños. No vimos la playa... No importa importa todo es Venecia. Al volver tomamos los mejores asientos en la parte trasera para el primer viaje nocturno en Vaporetto. Camino a casa me hiciste comprar un souvenir en forma de cámara de fotos para Vicky, donde aparecen las diapositivas coloreadas de la ciudad. Al siguiente día, cuando Vicky y yo volvíamos de visitar la isla de San Michele nos preguntaste por qué no habíamos visitado la tumba de Brodsky, no te conté que yo había preferido sentarme en un banco a leer su libro, el mismo que me regalasteis Lina y tú en el aeropuerto de Zaragoza. Una cena junto al canal, hablamos de cómo el amor mueve el universo. Le recomendaste al camarero de Albania varios escritores albaneses que desconocía. Nos hiciste darnos cuenta, bendita clarividencia, de que no habíamos ido a Venecia a ver la ciudad, ni a visitar la Biennale, ni a comer helados. Estábamos allí viajando juntos para querernos más. Otra cena junto al Gran Canal. Suena la sirena. La lancha de los bomberos veloz deja a su paso una ola que inunda las terrazas. ¿Apagarán el fuego así? Me gusta más el sonido de tu carcajada. Imaginábamos como sería esta ciudad con niebla y con frío cuando las barcas son sombras y los helados no se derriten. Joseph Brodsky repetía en su libro: «El agua es igual al tiempo».

FÉLIX Y LOS RESTAURANTES

Daniel Gascón

A Félix Romeo le gustaba repetir una frase de Rafael Azcona que decía que una película donde no se viera a la gente comiendo no podía ser buena. Una vez me escribió: «Si hiciera una novela habría muchas conversaciones de gente hablando de comida». Si rodara una película sobre Félix, tendría que haber gente comiendo, para no llevarle la contraria y porque he comido con él muchas veces: en casas de amigos, en su casa, en la casa de Lina Vila en San Mateo de Gállego y en la casa de mis padres, pero sobre todo en restaurantes. Hemos cenado muchas veces en Casa Emilio, en el Estudios, en el Dumbo, en el indio de Fernando el Católico y el italiano de Casa Jiménez y el italiano de Zurita. Hemos comido en el Fresco que hay cerca de Los Portadores de Sueños (donde a Félix le gustaban las ensaladas y el helado de yogur y donde, según él, hacían el mejor gazpacho de la ciudad), en el Nanking, junto a mi casa, en un japonés de Chueca, en el Hard Rock, en un asador de Pau, en un tailandés junto a la estación de la Avenida América de Madrid, en un indio de las Delicias que ya no existe y en el Bar España, en la plaza de Garrapinillos. Cené con él en el mexicano de Casa Jiménez y el que está junto a la estación del Portillo. En Madrid, le gustaba el Gula Gula, por sus ventanas con vistas a la Gran Vía. Nunca fuimos a un vegetariano: «No me gustan los movimientos intolerantes», decía. Íbamos al Baalbek y alguna vez al griego de Zumalacárregui, pero lo que más le gustaba eran las terrazas. He comido con mi hermana, con mi padre y con él decenas de veces en el Bílbilis. Cené con él, con Ricardo Cayuela, Jonás Trueba y Aloma Rodríguez la última noche, en La Choza, en la calle Echegaray de Madrid, y luego nos fuimos a una terraza de Huertas.

Para Félix los restaurantes eran uno de los escenarios de la amistad. Como hacía con las personas, las novelas y las películas, le encantaba buscar cosas nuevas y compartirlas. A muchos de los restaurantes que he citado fui con él por primera vez. En muchos de ellos me hice amigo de gente que es importante en mi vida.

Félix tenía temporadas de entusiasmo por un restaurante. Y también cambiaba sus preferencias: en una época tomaba mucha Coca-cola, en otra pedía botellas de gaseosa con mucho hielo. A veces pedía al camarero que le echara un cubito en la cerveza. Recuerdo sus gestos: se separaba mucho del periódico al leerlo, con una expresión de seriedad, y era como si hiciera fotografías de las páginas. Le decía a Antonio Pérez Lasheras que pidiera postre y a Lina Vila que pidiese patatas, había decidido que Antón Castro odiaba el tomate y a Pippi Tetley siempre le preguntaba: «Are you fine?». Le gustaban las mesas redondas, porque era más fácil hablar. Y, si llegábamos antes que él a un restaurante, bromeábamos porque sabíamos que era probable que prefiriese que fuéramos a otra mesa o que dijese al camarero que pusiera las sillas de otro modo. Muchas veces, esas comidas y esas cenas se prolongaban con un helado en Independencia, unas copas en el Zeta o el Azul, o una visita al Lidl o a Hermanos Vidal.

He vivido momentos que no olvidaré en restaurantes al lado de Félix, como la noche de la presentación de *Discothèque* en Casa Emilio, o muchas cenas en las que se mezclaban el humor salvaje, la literatura y las parodias de canciones. Una noche, en un italiano de Madrid, nos dijo que estaba escribiendo un libro sobre su amigo Chusé Izuel y que lo tenía terminado y solo buscaba un editor. Jonás Trueba le dijo: «Aquí tienes uno».

Pero lo que más recuerdo de todo ese tiempo en bares y restaurantes es una larga conversación sobre libros, películas, periódicos, arte, política, y sobre la democracia, la libertad y el amor: sobre los libros de Félix y los libros de los otros, sobre ciudades que había visitado y sobre revistas que quería editar, sobre ideas para *Artes & Letras* y sobre ideas para Zaragoza, Xordica o Barril & Barral, o sobre su convicción de que en realidad es imposible hablar inglés. Esa conversación –a veces divertida, a veces melancólica, a veces airada– es una de las mejores cosas que me han pasado en la vida. Ahora, cuando llego a un restaurante, siempre me pregunto qué sitio le gustaría a Félix, y estoy seguro de que la mesa está mal montada, porque él no está a mi lado.

...QUE ESTÁS EN D.F.

Santiago Gascón

Bien sabes, me lo has dicho tantas veces, que soy un descreído. No tengo dios ni lo añoro. Temo a la muerte y no sé comportarme en su presencia.

Aterricé en el D.F. hará más de dos semanas. Llegué sonámbulo, sin aceptar tu extraña despedida.

Cada rincón de esta ciudad monstruosa, cada plato, cada vaso de mezcal, me traen un recuerdo tuyo y pienso que te lo voy a regalar a mi regreso.

Tú, que eres tan trotamundos como arraigado a tu tierra, me haces disfrutar con las crónicas de tus viajes y los míos: Lima, Nuevo México, Lisboa, Buenos Aires o Aberdeen. Nuestros destinos, hasta hace poco con boleto de regreso, son una excusa para traernos encargos y tomar unas cervezas en el Babel o en el Levante. Para amar más Zaragoza, que no es provinciana porque tú has logrado ver en cada calle un lugar de Nueva York o de París. Conde Aranda es el Norte de África, las Riberas del Ebro podrían ser el Sena y la calle Almagro cualquier calle entre la Quinta y la Sexta Avenida.

Sé que llevas meses tramando venirte al D.F. y no me extraña. Si fueras un país, serías México: intenso, desproporcionado, con olor a chile y a pólvora, lleno de colores, músicas, sabores y afectos desmedidos. Un lugar donde la gente se besa como si fuera un adiós definitivo. Una ciudad presidida por volcanes que sufre cuatro seísmos diarios dada su energía sin control.

Me acuerdo a cada hora de ese cuento que publicaste en *Heraldo de Aragón*. Había un niño. Había un padre en la cárcel, un luchador enmascarado. Había una pistola y una historia que no cuentas, un relato de amor en el que el padre cumple condena por un crimen que no ha cometido y se alegra de las visitas del hijo quien sí sabe lo que es apretar un gatillo. Jamás he leído un cuento tan bonito, tan bestia, tan romántico. Nadie ha expresado mejor el amor entre un padre y sus hijos. Me acuerdo cuando abrazo a los míos que tanto te quieren y quienes se niegan a hablar de ti en pasado, porque desde el primer momento te hicieron miembro de esta rara familia.

Norito Kawakami, mi colega nipón del departamento, ha perdido a su anciano padre en estos días. Aeroméxico no le ha permitido cambiar su billete de regreso y dice que no le importa, que le rendirá honores a la vuelta. Pero viene a mi cuarto con una botella de sake y yo comparto el tequila que guardaba para el Melero y el Notivol y bebemos hasta que los despertadores nos reclaman al trabajo. Norito me cuenta que la mamá de Nayeli prepara un altar en Coyoacán según la tradición del Día de los Muertos y me ruega que le acompañe. Debemos llevar nuestros recuerdos, dice.

Juana, la madre de Nayeli, ha dispuesto un monumento de cinco pisos en su patio. No me gustan, cuenta, los de siete pisos. Eso lo trajeron los cristianos y tratan de representar los siete pecados, pero mis muertos no pecaban, gozaban sin pena.

Kawakami coloca la foto de su viejo en la primera planta y dos vasos de sake y un bol de fideos en la segunda. Por mi parte, extraigo tu fotografía que bajé de internet, esa que te hizo Ouka Lele hace años y la extiendo junto a una botella de cerveza *Bohemia* y un ejemplar de *Letras Libres* que compré ayer en la *Gandhi*.

Observo a mi amigo que parece haberse transportado a otro continente y no sé muy bien qué hacer. Nayeli y su madre se han sentado en silencio a nuestro lado. Una mariposa amarilla se acerca a libar de los claveles mexicanos, luego acude otra y muchas más que suben de peldaño en peldaño.

Disfruto de ese instante de belleza y me emociono.

¿Lo ves? –dice Juana– Acá no hay lugar para sufrir, solo para honrar con placeres. Acá vienen cada año los míos para platicar tranquilamente. ¿Alguna vez pensó que esas mariposas fueron ayer gordos gusanos? Vida y muerte son lo mismo, mijo, disfrutar es más lindo que llorar.

Y mientras las candelillas ascienden hacia el último piso, tengo la extraña convicción de que ya estás en el D.F. y sé que regresaré más veces para reír contigo.

FÉLIX 24 h

Mariano Gistaín

A Lina, a Félix y Carmen

Félix junto al container verde de vidrio, entonces una novedad, en Las Fuentes. En el bar de Bizén. Siempre con algo. Algo para ti. Una iluminación, una palmera, una nueva gominola, un argumento, un mundo completo, mil ideas de regalo.

Félix en coche a ver la ciudad, las novedades, los nuevos barrios. Lleva la Oficina del Horizonte consigo: el mundo es su oficina, el cíber es su scriptorium, el macuto su biblioteca. Siempre en trance de partir. Desdeña la impresora, artilugio que pide más que entrega. La ciudad de los interminables: las nuevas avenidas de Valdespartera. Las fantasías de Montecanal, los acampos infinitos de PLAZA, los cinturones, la primera nave de Inditex. (Amiguito: has evitado el colapso, la agonía, el espanto que nos asedia). La ciudad amada. Todo le gusta, todo le interesa. El aeropuerto, las casas sucesivas y simultáneas de Antón y Carmen, el censo de piscinas. Tertulias de la avenida Goya. Daniel. El mundo. Portento de memoria afectiva (si hay otra): cada cual tiene un archivo infinito en esa cabeza rubia pelirroya, donde todo cabe y se combina. Tus intereses son los de Félix, los adopta para siempre. Primero los diagnostica (los encuentra, tantas veces escondidos), los critica, los somardea, los monitoriza, ¡los mejora! Y luego los adopta; tus *aficciones* son las suyas, para siempre. Se hace tú porque se pone en ti, siempre. Encuentra el libro que te gusta y te ensancha.

Avidez de vivir (*Vida ávida* de Ángel Guinda, nuestro clásico), velocidad, urgencia, desesperación contra el tiempo, por prolongar y expandir el momento, presintiendo quizá que era tan escaso. Avidez por exprimir los buenos momentos contigo, ¿cómo no sentirse avasallado, desbordado, urgido a esa premura contra el tiempo y el oprobio de lo siguiente, cómo no sentirse amado, si lo que te propone una y otra vez es seguir juntos, un rato más, ir al cine, volver a ir al cine, prolongar el paseo, tomar otro café, ir a la gasolinera 24h? Su mundo siempre abierto 24h. Alegría, expectación, análisis exhaustivo de todo lo que existe, análisis de lo que aún no existe y cómo es posible que falte tanto, o todo, para llegar a eso: a lo mejor. Aspirando siempre a lo mejor. Siempre corriendo tras una piscina. Aspirando a ser millonario (Fernán Gómez: lo que yo quería es el lujo) y regalándolo todo a raudales, a un terabit por segundo. Queriendo ser millonario y derrochando ideas personalizadas, adaptadas genialmente para cada institución, país, ciudad, pueblo, familia, persona… Regalando datos a espuertas, donante de ideas luminosas como esa frente en la que se refulgen los mundos. Costa. Amor y pasión y alegría, cariñoso sin pausa. Búsqueda desenfrenada de los otros, lo mejor de cada otro (escuela de Luis Alegre). Si Milton dijo «Yo soy el infierno», Félix dice que el cielo es para todos. Defensa sin matices de la democracia para todos, la Libertad Universal. El Abuelo siempre delante. Félix indicando al conductor, «ve por ahí. No, por ahí». La ciudad como idea, como suma de ideas, como democracia diaria. Siempre algo que ver.

Buscando títulos. Espoleando a escribir, a publicar. Inventando empresas delirantes. Inventando cosas que luego existen, como las webs de preguntas y respuestas, mucho antes de que las hubiera. Inventado en seco, en el puro vacío digital de un mundo atrasado, que compite a tope por atrasarse más, más burocracia, más trabas. Sufriendo intensamente estos últimos años de hundimiento.

Inventando fundaciones, programas. Queriendo ser contertulio, polemista de lujo. Diagnosticando el rechazo de España a lo aragonés. Ese rechazo, visto/sufrido a cada minuto con esa sensibilidad excepcional, poética de datos. Viajar, buscar locales para librerías, mundo sin límites, ideas gratis. Dolor por el entorno despiadado, ceniciento, timorato. Mundo que se blinda ante ese ciclón de datos escogidos, ante la cultura, la alegría y el amor: los neutrinos revoltean por su cabeza –visibles a su alrededor según la postura del sol– anunciando ya esa velocidad que ahora certifican que excede a la de la luz. Luz Romeo.

CHICAS POP EN LA PLAZA SAN FRANCISCO

(las canciones junto a Félix)

Octavio Gómez Milián

La música era la segunda pasión que compartía con Félix. La primera, y eso me gustaría dejarlo claro desde el principio, eran las chicas. Así que era normal tratar de conjuntarlas cualquier mediodía de buen tiempo en alguna terraza de la Plaza San Francisco. Chavalas y canciones, una combinación majestuosa, como la ginebra y la tónica o la vida y Félix Romeo. Nadie podrá arrebatarme esos instantes mágicos en los que Félix se echaba ligeramente hacia atrás, acomodándose en la silla, y se disponía a abrir la caja de los regalos: *Sí, entrevisté a Franco Battiato en* La Mandrágora. Y punto. *Y también a Los Planetas antes de que fueran conocidos*. La boca agua, las anécdotas sobrevolando la mesa, arrastradas por el mismo cierzo que levantaba las faldas a las mujeres.

Ahora, estos días, cuando pienso en Félix, siempre llego a Battiato. *Nómadas que buscan el ángulo de la tranquilidad*. Después de Battiato las discusiones estériles que tanto nos gustan a los adictos al pop: quién ganaría en un concurso de singles perfectos, *Los Brincos* o *Los Planetas*. Ni *Lori Meyers* ni *Love of Lesbian*, simplemente di no a los fans de John Boy. Un breve silencio y la pregunta temida: *¿Qué estás escuchando ahora?* Desde que llegó Spotify a la vida de Félix no había manera de seguirle el ritmo. Todo un mundo de sonoridades se había abierto a su voracidad y del Magreb a Latinoamérica, a su merced. Yo decía *Jorge Ben* y él contestaba *Juana Molina*. Estaba en la onda y lo sabía. Su amistad con un personaje clave de la música en Zaragoza, Rubén Scaramuzzino, responsable de Zona de Obras, lo había puesto en la órbita de la música alternativa latina. Él había escuchado a *Charly García* mientras los demás contemplábamos alucinados la actuación de *Aterciopelados* en la Plaza de Toros de Zaragoza, como teloneros de *Héroes del Silencio*.

En aquel restaurante de la Gran Vía, cerca de donde había estado Radio Juventud, hablamos de los Smiths, hablamos del sonido «Madchester» y *24 hours party people* le había recordado la Zaragoza de los ochenta. *Háblame de música aragonesa, me decías, qué merece la pena, ¿hay algo que merezca la pena?* Le hablaba de *Domador* y de sus letras pánicas, de cómo su letrista, Antonio Romeo, lo citaba entre sus influencias, de Copiloto y la evolución del pop tras la muerte de Sergio Algora...Sergio Algora, a Félix le gustaba mucho *La Costa Brava*, la última banda de Sergio, aunque le animaba a dejar por un tiempo el pop y dedicarse a la literatura. Creo que a Félix le gustaban más los relatos de Algora que sus canciones con *El Niño Gusano*.

Recuerdo un cumpleaños en la Estación del Silencio. Félix traía entre sus manos ejemplares de *Amarillo*: la vida al revés, él era quien nos hacía los regalos. S*é que te gustará*, dijo, *hablo mucho de esa música rara que escuchas*. Las bandas malditas de los noventa en Aragón, en nuestra Zaragoza. Me obsesioné con una canción, «En los sótanos del cielo», de *Club Eléctrico*. La banda de Jesús López ponía electricidad a aquel libro, junto a *Barricada* o *Las Novias*. Una noche en el Pulp –y seguimos con los clubes cerrados en esta ciudad cambiante–, Oskar, el guitarra de *Las Novias*, me dio detalles muy jugosos sobre la poca pericia de Félix Romeo al bajo y también de lo pretenciosa que era aquella primera encarnación de los autores de «Largo tiempo esperando», cuando se llamaban *La Banda de Luis Buñuel*. Cuando se lo conté se reía. *Tú los has conseguido, Octavio, lo que yo quería hacer, subirme a un escenario con una banda de rock detrás sin tener nada de oído. Los Experimentos in da notte*, donde le escribí una letra para que subiera a recitarla con nosotros. Una historia sobre el cuaderno donde Félix guardaba celosamente el autógrafo de Perico Fernández, de los Zaragüayos. Yo también tenía una carpeta donde guardaba recortes de periódico y demás parafernalia fetichista de la era analógica. Una

página de *Heraldo de Aragón*, la crónica del día que se presentó en Madrid el primer disco en solitario de Bunbury –Félix le llamaba Enrique y yo, fascinado, comencé a imitarle. Recuerdo que en la lista de invitados ilustres de la que hablaba el periódico estaban Coque Malla o Alaska y también Félix Romeo. Con el tiempo lo he entendido, Félix Romeo, uno de los primeros que aplaudió la decisión de Enrique Bunbury de grabar un LP de electrónica extraña y sonidos árabes, porque Félix Romeo aborrecía a las bandas y a los músicos con actitud jurásica, los que repiten el mismo acorde eterno.

Cuando todo estalló, cuando lo que más llenaba las portadas de los semanarios y provocaba el trance orgiástico entre los fanzineros postmodernos, cuando Ray Loriga vestía como un personaje de una fotografía de Alberto García-Alix o Benjamín Prado parecía estar a punto de unirse a Lou Reed en la penúltima encarnación de la *Velvet Underground*, Félix Romeo ya estaba allí. El más rockero de todos, porque solo el que ama el rock, el pop, es capaz de emocionarse con Rita Pavone y de saberse de memoria las letras de los *Niños del Brasil*. Félix Romeo era actitud de verdad, era Morrissey soñando canciones para las chicas de Las Fuentes, era el tipo que hizo una apuesta con el rockandroll y todos marcamos el ritmo de su corazón.

Pd: Félix Romeo me regaló muchas cosas en la vida, la mejor un consejo sobre la mujer que duerme conmigo, pero sus últimos presentes fueron dos singles de vinilo, de su colección particular, uno de *The Police* y otro de *OMD*. Ni siquiera nos gustaban aquellas canciones, pero eso no es lo importante.

Félix, Luis Alegre, David Trueba e Ignacio Martínez de Pisón. Fotografía: Cristina Grande

AL NORESTE DEL LAGO KIVÚ

Cristina Grande

Félix decía que tenía mal cerrada la fontanela. Decía que su madre estuvo preocupada durante años porque aquello seguía abierto, haciéndolo muy vulnerable. Yo imaginaba que por esa rendija de su cráneo salían al exterior sus maravillosas ideas, a borbotones, como de un manantial de crispetas. Félix era un soñador. Tenía grandes sueños para su ciudad, y para sus amigos. Y tenía interés por lo onírico también. Uno de sus muchos proyectos era publicar una antología de sueños narrados en la literatura. También quería fundar la revista literaria Kivú, llamada así en homenaje a su admirado Julio Antonio Gómez. Pero su gran proyecto, su gran sueño, fue durante años Noreste, algo que le robó muchas horas de sueño. Félix estaba becado en la Residencia de Estudiantes cuando yo le conocí. Me colaba por la escalera de servicio y pude ver que aquello era una especie de paraíso para cualquier creador. Creo que Félix intentó trasladar la idea de la Residencia a Aragón. Que los artistas y escritores que empiezan tuviesen una ayuda y, sobre todo, un ambiente estimulante le parecía de vital importancia. Siempre que salíamos de viaje visitábamos centros culturales, museos, galerías, y edificios en los que se ubicaban cosas parecidas a lo que él llevaba en la cabeza. He seleccionado pequeños fragmentos de algunos de sus correos.

no paro de pensar en noreste ¡he hecho la programación de un año! Hago presupuestos y cuadrículas y hago listas de gente... la verdad es que estoy entusiasmado con la posibilidad de noreste, conque salga y salga bien
voy fichando a todos los artistas aragoneses, programando exposiciones, amañando encuentros, poniendo en teoría ideas... estoy contento
tenemos que cruzar los dedos para que todo salga bien (junio, 2002)

(…) y llevar la filmoteca a Fuenclara (con un proyecto mayor dedicado al cine) y llevar Noreste al Gay.... poniéndole una «piel», lavándole la cara... lo mejor es que al cabo de un año ya se podría inaugurar.... de puta madre y en el mejor sitio de la city, con lo que eso representa en regeneración y todo eso (febrero, 2003)

ojalá salga bien todo este asunto de Noreste
ojalá no esté echando una cerilla en un pajar
me ilusiona transformar esta ciudad, ya lo sabes... me ilusiona desde que era muy pequeño: convertir esta ciudad en otra ciudad.. y si es a través de la cultura (sic) todavía me ilusiona más... espero que todo vaya bien… (febrero, 2004)

.... creo que es algo moderno, berlinés, del mundo, neoyorkino... creo que es algo
antipaleto, algo contra la queja que tanto me molesta
por supuesto está dentro de Noreste.... más trabajo jajajjajajajajjajaj (abril, 2004)

y hay que visitar las destilerías
y dundee, donde hay un noreste desde hace unos pocos años
norestismo mundial
menos en el noreste peninsular
jajajajjajajaj
tengo ganas de ir… (enero, 2005)

Ismael nos ha llevado a ver la Harinera: han comenzado las obras de
demolición del silo
avanti
aunque no se podrá terminar en el plazo de un año (diciembre, 2005)

hoy los sueños han circulado
en zgz sopla el viento
el cielo está azul
y luce el sol
las camisetas han golpeado el tendedor/tendedero toda la noche
me ha costado mucho dormirme (…) (enero, 2006)

Félix nunca dejó de soñar con una ciudad mejor, que tuviera metro, como Bilbao, que tuviera centros culturales y museos diversos, como Les Avatoirs de Toulouse, o la Panera de Lérida, o el MUSAC de León, o el Centro cultural de Belem en Lisboa (que visitamos varias veces), o el Artium de Vitoria, o el centro cultural de Dundee en Escocia. A menudo dábamos largos paseos por los barrios de Zaragoza. Siempre andaba buscando locales en alquiler para abrir galerías de arte, o talleres, o algo. Anotaba teléfonos, pero no siempre llamaba. A veces daba agotadoras caminatas en soledad, por Delicias o por Torrero, siempre buscando algo que sólo con el tiempo he empezado a comprender.

He tenido sueños esta noche
pero se me han olvidado de repente
deperrente
parapente
dentro de un rato se presenta el proyecto
de la harinera
y a estas alturas
me parece
deberíamos estar estrenándola
el tiempo
qué lento (junio, 2006)

FÉLIX Y UNA PILA DE CÓMICS

Ismael Grasa

Es sabido que a Félix no sólo le interesaban los libros, sino también las películas, de las que discutía con pasión, las series de televisión –siempre me han gustado de un modo particular sus artículos y reflexiones televisivas–, las novedades de discos, los restaurantes exóticos… y los cómics. Sólo conozco a otro escritor que se haya interesado tanto por los cómics: José María Conget. La primera vez que me asomé al mundo de los cómics de Félix fue en su casa del edificio España de Madrid, junto a su ordenador había unos cuadernillos de dibujos en los que aparecían unas mujeres de una carnalidad exuberante. Eran, según supe después, de Robert Crumb, de su serie *Art&Beauty*. También tenía números de la revista *El Víbora*, igualmente por entonces con portadas de contenido ligeramente erótico. Y, no lo recuerdo, pero seguro que también había números de *El jueves*, que compró semanalmente durante toda su vida –excepto en los últimos años, cuando se distanció del rumbo que tomó esta revista–. Quiero decir, en todo caso, que su relación con el cómic no fue un acercamiento adulto a «la cultura», sino algo que para él arrancaba de su juventud, del quiosco y de la diversión. Nunca dejó de tener un pie puesto ahí, y creo que esto tiene también que ver con su idea de la ciudad y de la democracia. No he conocido a nadie que diese tanta importancia como Félix a los libros y a la cultura, y a la vez que fuese tan desprejuiciado y tan poco «respetuoso» con ella. O era la vida o no era nada.

Félix escribió mucho sobre cómics, a menudo en artículos en que hablaba de otras cosas que no eran cómics. Esto a veces podía desconcertar a los que no conociesen su modo de ser. En todo caso, no le gustaba entender la crítica de cómic como un mundo estanco, o algo estrictamente especializado. Esto le llevó a tener algunas discusiones con quienes no lo entendían así. Para Félix no había que «pedir permiso» para hablar y escribir sobre las cosas. Para Félix los cómics no eran un mundo –con sus iniciados y sus ritos–, sino que formaban parte del mundo.

El último cómic con el que se rió fue *Memorias de un hombre en pijama*, la serie que Paco Roca dibujó para el diario *Las Provincias*. Me lo dio junto al último de Gabrielle Bell, *Cecil y Jordan en Nueva York*. Muy a menudo nos pasaba a Eva y a mí cómics para que los leyésemos. Otro libro de este año que le gustó fue *Todo el mundo es imbécil menos yo*, de Peter Bagge, el autor de la serie *Odio*. Félix tenía una relación de amor-odio con Bagge, se interesaba por él, por su gamberrismo urbano, aunque a veces sentía la necesidad de apartarse de su lado. Esta era otra cosa buena de Félix: nunca era «fan» ciego de un autor, sino que juzgaba cada libro, cada cómic.

No le oí decir a Félix que su género preferido en cómic fuera el autobiográfico, pero si pienso en los libros que más le gustaban, muchos se encuentran cercanos a este tipo de narración. Es el caso de Marjane Satrapi y su serie *Persépolis*, que Félix nunca se cansó de recomendar, junto con otras obras de esta autora iraní. O el libro que Antonio Altarriba escribió sobre su padre, y que dibujó Kim, *El arte de volar*. O la crónica de Kazuichi Hanawa de su paso por la cárcel, *En la prisión*. O *Epiléptico*, de David B. O la novela gráfica *La perdida*, de Jessica Abel, que sirvió para que descubriésemos otros libros de esta autora norteamericana. O algunas crónicas entre lo musical y lo periodístico de Joe Sacco. O la denuncia de las dictaduras que desde las pequeñas vivencias diarias hace el dibujante Guy Delisle en libros estremecedores como *Pyongyang*. O el hacer materia de viñeta las cosas de cada día, como hace Trondheim, con quien también Félix se reía.

Junto a Félix descubrí a clásicos como Clowes, Tomine, Spiegelman, Tatsumi… Le gustaba el trabajo de Liniers en la prensa argentina. No todo lo que le interesaba estaba próximo a la autobiografía, desde luego. Le atraían cosas del mundo futurista de Miguel Ángel Martín, y del sentimental de Fermín Solís. Le gustaban las páginas de Mauro Entrialgo. Le gustaba *El señor Jean*. Y las historias de sexo gay de König.

Siempre falta papel cuando uno ha de escribir sobre Félix. Es como si quedase todo en marcha.

MUERTE Y RESURRECCIÓN DE FÉLIX ROMEO

Ángel Guinda

Querido Félix:

Nuestro inefable Pepe Melero me solicita unas palabras dedicadas a ti acerca de nosotros: invitación que me conmociona y reconcilia con nuestra fraternidad inquebrantable: nuestros reencuentros siempre fueron intensos.

La noticia de tu madrileño, inesperado y repentino adiós a la vida me la dio telefónicamente Ángel Petisme: ¿Sabes lo de Félix? Lo primero que pensé tras su pregunta es que te habían concedido un premio o el más merecido reconocimiento que desde hace tiempo esperábamos tus admiradores. Interrumpí esa momentánea ensoñación. Expectante, ya preocupado, pregunté: ¿Qué pasa? Y me cayeron encima aquellas tres punzantes y terribles palabras (Félix ha muerto) que paralizaron mi alma y congelaron mi sangre en el aeropuerto de Doha (Qatar) a punto de embarcar hacia Vietnam. Desorientado, quería regresar a España. Me sentí impotente por no poder echar marcha atrás en aquel viaje. Llamé a nuestro queridísimo Antón Castro para tomar aire, para coger las fuerzas necesarias que me mantuvieran en pie.

Nada más llegar al primer hotel vietnamita en el que me alojaba accedí a mi página web, consulté su sección de fotos y en una de ellas te recuperé a mi lado: una instantánea entrañable en la que estamos juntos en un bar de la noche zaragozana y tú, cerveza en mano, me arropas abrazándome con toda tu generosa humanidad. Siempre te veo como una sonrisa, un abrazo, una conversación y una biblioteca andantes.

Ya en casa, el pasado veinte de octubre, volví a encontrarme contigo en la agenda de mi teléfono móvil: entonces supe que nunca sería capaz de borrar tu nombre; en los contactos de mi correo electrónico, entre los que nunca podría eliminar el tuyo.

Escribí a algunos de los amigos comunes que más te han querido y te quieren, que más te han admirado y te admiran: a Antón, a Miguel Mena, a Enrique Villagrasa. Escribí a Lina Vila, a Cristina Grande…Y en todos aquellos emails y sms te estaba escribiendo a ti. Llamé a tus padres: les dejé un mensaje de dolor compartido y una descarga de fuerza en el contestador automático anunciándoles que volvería a llamar.

Un ciclón de recuerdos me agita y estremece. Tus semanales visitas adolescentes a mi última casa zaragozana de la calle Hernán Cortés 9: en cada una de ellas te surtías de un montón de libros, previamente seleccionados por ti en mi biblioteca, que te llevabas en bolsas grandes del Corte Inglés y que siempre devolvías para cargar nuevas remesas.

Llegaste a Madrid con apenas veinte años, becado para alojarte en la Residencia de Estudiantes durante uno o dos cursos, me enseñaste tu celda-habitación; un día Inma y yo te invitamos al ballet (la fantasía *El Cascanueces*, de Tchaikovsky); a cenar, para rematar la noche en «Los Gabrieles» (Calle Echegaray, junto a la Plaza de Santa Ana) ante uno de cuyos murales de azulejos nos fotografiamos con una Polaroid: qué sorpresa al vernos los tres y de fondo la Parca con una enorme guadaña sobre mi cabeza.

Y recuerdo tu asistencia radiante a la cena que, como despedida de divorciado, me disteis unos cuantos amigos en el Tubo zaragozano una noche de marzo de 2006.

Hace unos minutos, en casa, ha sonado el móvil y, al cogerlo, he tenido una experiencia espectral: iluminado en la pantalla aparecía tu nombre: FÉLIX ROMEO. He pensado que esta repentina *resurrección* venía a ser una de tus bromas geniales. Bajo los efectos de un asombro escalofriante he abierto la llamada: era de tu padre desde tu propio teléfono.

Van pasando los días y no consigo acostumbrarme a mi presencia en un mundo sin ti. No lo conseguiré jamás.

Aquí seguimos pues, el uno sin el otro, resistiendo. Tómate lo que quieras, *hermaño.*

EL POEMA QUE YA NO LEERÁS

Juan Marqués

Comprender que mañana
ya no caminarás por este mundo
es el deber de hoy,
la tarea que impone una materia
que empieza a ser recuerdo.

Que te has marchado, Félix,
y que has sido el primero.
Y que todas las puertas de la tierra
van a llenarse con tu corazón.

(Madrid, 7 y 8 de octubre de 2011)

En Escocia. Fotografía: Cristina Grande

FÉLIX DE OCKHAM

Fernando Martín Pescador

Fuimos a comer a un VIPS del centro de Madrid. El camarero tendría poco más de veinte años y lucía en la solapa su nombre y apellido. Ni el nombre ni el apellido llamaban la atención dentro de la onomástica española. Al traernos la cuenta, Félix lo sorprendió con una pregunta personal: «¿Tu abuelo no sería fulanito de tal?» El chaval asintió enmudecido. «Eres igual que tu abuelo», dijo Félix antes de que el camarero se fuera asustado. Acto seguido, Félix me explicó que su abuelo había sido un escritor de Valladolid con cierto talento que se había echado a perder un poco por apoyar al antiguo régimen. Félix sólo había visto una foto a blanco y negro del autor pero tenía claro que era idéntico al camarero. A lo largo de nuestra animada conversación, Félix había tenido tiempo de fijarse en el nombre y en la cara del camarero y de emparentarlo con la única foto de un autor de posguerra del que yo no había oído hablar jamás. Entendí perfectamente cómo se sentía Watson en compañía de Sherlock Holmes.

Mi tía Carmina, la madre de Félix, era la hija mayor de una familia típica de posguerra, con tres hermanos y dos hermanas. Las tres hermanas tuvieron un hijo varón en 1968. Félix nació en enero, yo en mayo y Paco en junio. Crecimos juntos, compartiendo muchas horas de nuestra infancia y, en muchas ocasiones, se referían a nosotros como «los tres mosqueteros». Nosotros celebrábamos ese apelativo cruzando nuestras espadas de orina cuando íbamos al baño los tres a la vez. Algunos de los escenarios de nuestra infancia en común fueron la torre del Ojo, junto al canal Imperial, la casa de mi abuela en Torrero, y las calles de Las Fuentes y San José, con especial protagonismo, durante las fiestas, cuando corríamos delante de los cabezudos.

Si la infancia de Félix y la mía hubieran sido comparadas en el juego de las ocho diferencias de *Heraldo de Aragón*, el lector habría tenido que esforzarse. Una era evidente: yo era el primogénito, él era el benjamín de la casa. La segunda, el mismo *Heraldo de Aragón*. El juego de las ocho diferencias era mi único contacto con el periódico de los domingos. En cambio, Félix tenía el Heraldo a su disposición todos los días. Cuando me quedaba a comer en su casa, presenciaba a toda la familia turnándose para leerlo con avidez. Félix no abandonó nunca su amor por la prensa escrita y fue, en mi opinión, una de las claves de su biografía. Para encontrar una tercera diferencia, había que fijarse mucho en nuestras bibliotecas. Uno de los libros favoritos de Félix se titulaba *Cómo funcionan las cosas* y parece que lo llevó consigo toda su vida.

Los cromos de fútbol fueron el primer afán nominalista que recuerdo de Félix. Recordaba el nombre de todos los jugadores y nos hacía descubrir cómo los uniformes de los últimos fichajes eran un montaje fotográfico. Luego se concentró en las zapatillas de deporte. Pateábamos las zapaterías en busca de los últimos modelos de Paredes, Puma y Adidas. A los 14 años se pasó a la música tecno y, poco después, al rock duro. Combinó esta afición con su pasión por el rastro, que recorría varias veces cada domingo en busca de cintas piratas de conciertos de AC/DC. Llegados a este punto, Félix ya estaba en otro nivel y yo me conformaba con aprender de todos sus hallazgos. No sólo sabía todo sobre los grupos que escuchábamos. Comenzó a codearse con los grupos zaragozanos, pasaba horas en Linacero hablando con el dueño y mirando discos y, a la salida de los conciertos, esperábamos a los músicos para que Félix los impresionara con un comentario ingenioso.

Todo esto fue antes de conocer a Ramón Acín en el instituto. A partir de ahí y, bajo su tutela, Félix comenzó su amor por la literatura. Y lo hizo de la misma forma que se había apasionado por todo lo demás. La leyó y la exprimió de tal manera que era capaz de reconocer al nieto de un escritor vallisoletano de posguerra (con cierto talento, sí, pero echado a perder un poco por apoyar al antiguo régimen) disfrazado de camarero del VIPS.

DOS DEDICATORIAS, DOS RECUERDOS

Ignacio Martínez de Pisón

Una noche de las navidades de 1994, apareció Félix por la cafetería El Ángel Azul con regalos para los amigos. El regalo era para todos el mismo, un ejemplar de su novela *Dibujos animados*, recién aparecida en Mira Editores. El muy canalla no había dicho nada: durante los meses que se había pasado escribiéndola y preparándola para la imprenta lo había mantenido todo en el más absoluto de los secretos. Tengo ahora ese ejemplar a mano. Su página de agradecimientos es una celebración de la amistad, algo muy habitual en él, y entre esos agradecimientos veo uno que esa noche nos hizo reír. En esa página dice Félix que la Residencia de Estudiantes de Madrid le «abrió sus puertas en 1990 y 1991», lo que es rigurosamente cierto, y añade que la Fundación para las Artes Cavero & Belló le «albergó en Barcelona en 1991 y 1992», lo que no es más que una de esas bromas cariñosas suyas.

Si alguna vez me sobra el dinero y monto una fundación, la llamaré así, con mi segundo apellido y el primero de mi mujer, y entre sus objetivos estará precisamente apoyar a los jóvenes creadores con talento, como en 1991 eran Félix y sus amigos de infancia, el también escritor Chusé Izuel y el pintor Bizén Ibarra. La alusión de Félix sugiere una generosidad mía que no fue tal. Es cierto que en el verano del 91 me mudé de piso en Barcelona y que Félix, Chusé y Bizén se instalaron en el que yo dejaba libre en la calle Conde Borrell. Pero la única generosidad por mi parte consistió en mantener durante un año el piso a mi nombre para que ellos pudieran aprovecharse de sus ventajosas condiciones. Quiero decir que, en sentido estricto, la Fundación Cavero & Belló no albergó a Félix y sus amigos: el administrador le cobraba el alquiler a la Fundación, pero luego ellos se lo reembolsaban con puntualidad. Los amigos de Félix y los lectores de *Amarillo* saben que esa temporada barcelonesa no acabó bien... Todavía, cuando paso por delante de esa casa, creo estar viendo a Chusé asomado al balcón desde el que se arrojó al vacío una mañana de comienzos del año 92. Aquélla sería una de las heridas más profundas que Félix llevaría siempre en su corazón.

Catorce años después de esa página de agradecimientos, otra página similar, pero en este caso de una novela mía, *Dientes de leche*. Digo allí que le doy las gracias a Félix «por haberme prestado un recuerdo de familia». Me acuerdo de la tarde en que José María Gómez (Cuchi, para los amigos) nos prestó el vídeo de *Culpable para un delito*, una rara película de José Antonio Duce rodada íntegramente en Zaragoza en 1966, y Félix y yo fuimos a verla a casa de José Luis Melero. Quien conozca la película recordará que la acción transcurre en una supuesta ciudad del norte de Europa y que los escenarios en que fue rodada acababan componiendo la imagen de una Zaragoza irreal, con bocas de metro e incluso con mar.

La secuencia que todos estábamos esperando tenía lugar en el interior de uno de los «chalés de los americanos». En un plano de esa secuencia aparecían brevemente unos pocos policías uniformados. Por Félix sabíamos que para encarnar a esos policías no se había recurrido a simples figurantes, sino que el ayuntamiento había puesto a disposición del director un pequeño grupo de auténticos policías. Entre ellos estaba un joven policía municipal llamado Félix Romeo, que dos años después tendría un hijo llamado asimismo Félix Romeo... Cuando llegamos por fin a esa secuencia, tuvimos que rebobinar varias veces para distinguirle, para distinguir al padre de Félix. Éste (es decir, Félix, el hijo) nos contó que, no muchos meses antes, la película se había proyectado en la Filmoteca y que sus padres, Félix y Carmen, habían acudido a rememorar su juventud. Por lo visto, la sensación que experimentaron al verla fue más bien de tristeza, no tanto por nostalgia de la juventud perdida como porque entre los amigos que también participaron como extras había varios que ya habían muerto. El final de *Dientes de leche* (del que, perdonadme, no puedo evitar sentirme orgulloso) está directamente inspirado en lo que nos contó esa tarde en casa de José Luis, y quiero pensar que de algún modo refleja el inmenso amor que Félix sentía por sus padres.

LA HUELLA DE FÉLIX

Miguel Mena

Uno de los trabajos no remunerados a los que Félix Romeo dedicó muchas horas de su vida fue la lectura de originales y el posterior asesoramiento a los amigos que le solicitaban opinión sobre sus obras en marcha. Es una huella difícil de rastrear, quizá difusa y no siempre fácil de recordar, pero desde luego constante en la narrativa de muchas personas de su entorno.

Entre los detalles que suele recordarse de Félix está su facilidad para titular y las numerosas ideas que regalaba en ese sentido. José Luis Melero cuenta que le proporcionó los títulos de tres de sus libros: *Leer para contarlo, Los libros de la guerra* y *La vida de los libros*. En el caso del segundo de ellos, la aportación de Félix incluyó el apartado del diseño: sugirió que las guardas del libro fueran de color morado, color asociado con la bandera republicana, algo que según Melero le pareció, en principio, un tanto estrambótico, aunque optó por hacerle caso y define el resultado final como extraordinario.

A Félix era difícil no hacerle caso tras una consulta porque razonaba su opinión con una contundencia que dejaba poco lugar para la discrepancia. Rodolfo Notivol cuenta que mientras veía por primera vez la foto elegida como portada de su libro *Autos de choque*, llegó Félix, la miró con detenimiento y dijo que le gustaba, pero a continuación rasgó la parte inferior de la imagen que mostraba a unos niños saliendo de unas bolsas de papel y comentó: «Así queda mucho mejor». Y así quedó para siempre la portada de un libro en el que antes Félix había intervenido de forma decisiva al sugerirle a su autor que eliminara los adornos y florituras con los que había recargado el texto original. Notivol recuerda muy bien la expresiva comparación que utilizó Félix: «¿Recuerdas aquellas puntillas horribles que nuestras madres colgaban en el cuarto de baño para meter los rollos de papel higiénico? Pues tienes que quitar las puntillas y que se vea sólo el papel higiénico».

Un caso especial es el de la última obra de Ismael Grasa, *La flecha en el aire*, ya que Félix fue quien le sugirió la idea de poner en marcha el libro. Cuenta Ismael que un domingo, camino de La Romareda, Félix le dijo que debía escribir un diario con su experiencia como profesor de filosofía. A partir de ahí, le recomendó algunas lecturas que fueron fundamentales, tanto como las conversaciones entre ambos sobre las que se cimentó gran parte de esta obra. Luego se implicó en la corrección del texto y aportó detalles como el orden de los capítulos o la supresión de ciertos pasajes. Antes ya había dejado su impronta en otras obras de Grasa, como la novela *Brindis*, cuyo final fue modificado de acuerdo con las sugerencias de Félix.

El final de la última novela de Ignacio Martínez de Pisón, *El día de mañana,* también le debe algo. Pisón recuerda que le aconsejó suprimir el epílogo final. Aunque no llegó a hacerlo del todo, sí decidió reducirlo a su mínima expresión. Antes reconoce que los consejos de Félix estuvieron muy presentes en obras como *Enterrar a los muertos* y *Dientes de leche*, como queda patente en los agradecimientos incluidos en ambos libros.

Santiago Gascón rememora un detalle que también retrata muy bien la personalidad de Félix, y su aragonesismo nunca reñido con un espíritu cosmopolita. Gascón es de Mallén, pero como tantos niños de la ribera del Ebro nació en el hospital de Tudela. Así figura en su DNI y así figuraba en la nota biográfica de sus primeras publicaciones, hasta que Félix le reprendió y le hizo ver que era de Mallén y que ese era el lugar que debería figurar como su nacimiento. De hecho hace años que se autoriza a inscribir a los bebés como nacidos en el lugar donde sus padres residen, no en el hospital comarcal o provincial de turno. Aparte de ese detalle, Santiago recuerda que le debe el título de su libro de relatos *Manila* y que le hizo cambiar un importante detalle argumental de su próxima novela, *Una familia normal*, donde el propio Félix aparece además como personaje.

Otro personaje apellidado Romeo, dedicado a él, aparece en la primera película de David Trueba, *La buena vida*. También la primera de Jonás Trueba lleva algo de Félix, el título, *Todas las canciones hablan de mí*. Daniel Gascón, coguionista junto con el director, recuerda que Félix les aportó muchos detalles

en cuanto a correcciones, incluso el final de la película es una frase que le habían escuchado a él: «No quiero estar cinco minutos antes ni cinco minutos después. Quiero estar aquí ahora».

Una constante de Félix fue alentar a otros hacia la escritura. Sergio del Molino ha comentado en su blog: «El entusiasmo de Félix me animó a escribir en una época en que mi intención era abandonar todas mis ilusiones literarias. Creo que, sin su aliento, no habría terminado ni un solo libro. Y sé que no soy el único que le debe algo así». En ese mismo sentido, Eva Puyó recuerda que en sus primeros encuentros con él tenía la sensación de estar en un taller de escritura permanente. En las conversaciones, en los bares, en las cenas, en los paseos, en las lecturas que recomendaba, todo estaba impregnado de su pasión por la literatura y por estimular que hubiera más escritores, más editoriales, más librerías. Cuando Eva publicó *Ropa tendida*, en cuyas correcciones y diseño de la portada estuvo muy implicado Félix, recuerda que le dijo: «Ahora ya eres escritora», y asume que sin él lo habría sido de una manera muy distinta.

Aloma Rodríguez cree que la influencia de Félix ha trascendido el hecho concreto de sus libros y abarca una manera más general de entender la literatura y también la vida. No obstante recuerda que le aportó el título de su primera obra, *París tres*, y también el de la novela que acaba de finalizar, *Solo si te mueves*. Como años antes le había aportado a su padre, Antón Castro, el título del libro *Golpes de mar*, tomado de una canción de Petisme, y el de su programa de televisión, *Borradores*.

Otros autores recuerdan a Félix como un gran defensor de su ciudad. Fernando Sanmartín dice que le influyó en la percepción y en la presencia literaria de Zaragoza en sus libros, en huir del concepto acuñado de «ciudad provinciana». Félix le dijo que la ciudad nunca debía ser un chivo expiatorio. A Octavio Gómez Milián le insistió para reforzar la implicación literaria de Zaragoza en sus relatos. Antes le había sugerido el título de uno de sus libros de poemas, *Nada mejor para esta noche*, y también le había obsequiado con una de esas frases rotundas que Félix solía enhebrar: a cuenta de la participación de Octavio en *Experimentos in da Notte*, grupo de *spoken word*, Félix le dijo: «Has logrado uno de mis anhelos, montar una banda de rock sin tener ni idea de cantar».

Hay libros que nacieron directamente del impulso de Félix, como *Besos robados*, de Luis Alegre. Luis recuerda que Félix le insistió para recopilar los artículos que había publicado en *El Periódico de Aragón* y le ayudó en el proceso de selección. También ayudó a Chusé Raúl Usón en la recopilación de textos de José Antonio Labordeta para *Tierra sin mar*, título que también aportó Félix, como otros de la editorial Xordica con la que colaboró estrechamente como lector o inductor de muchas de las obras publicadas. A Antonio Pérez Lasheras le dio el título para su obra sobre la relación del Quijote con Aragón: *Sin poner los pies en Zaragoza*, alusión al hecho de que don Quijote decide no entrar en la ciudad al enterarse de que el falso Quijote de Avellaneda ha estado allí. También el próximo ensayo del profesor Pérez Lasheras, en este caso sobre textos de Góngora, lleva un título de Félix: *Ni amor ni constante*.

Un caso paradigmático es el de Ramón Acín. Como profesor del Instituto Grande Covián, coincidió con Félix en los cursos 85/86 y 86/87, siendo uno de los primeros testigos de la voracidad literaria y el talento de aquel adolescente que en las reuniones en el departamento de Lengua y Literatura parecía un profesor más. Años después, su antiguo alumno le aportó títulos como *Los dedos de la mano*, para un ensayo sobre José María Conget, Soledad Puértolas, Ignacio Martínez de Pisón, José María Latorre y Javier Tomeo, o el de su tercera novela, *Cinco mujeres en la vida de un hombre*. Acín también lo recuerda acompañándole en infinidad de viajes, coloquios y comidas con escritores durante los diez primeros años del programa educativo *Invitación a la Lectura*.

En mi caso particular, la influencia de Félix es abrumadora. En *Bendita calamidad* me obligó a cambiar dos tercios de la novela para introducir nuevos personajes y nuevas situaciones que enriquecieran un relato que en su primera versión había quedado demasiado lineal. En *Onda Media* me hizo cambiar toda la segunda parte porque en su opinión había alterado el carácter original del protagonista y narrador hasta hacerlo antipático para el lector. En *Días sin tregua* me convenció para alterar el inicio de la novela y hacerlo más potente poniendo como arranque un párrafo que en el original figuraba algunas páginas más adelante. En *Piedad* me insistió para que suprimiera tres de los textos del original, cosa que hice y que no he dejado de agradecerle. Estuvo al cuidado de la edición, diseñó las portadas y escribió los textos de las contraportadas en *Vinagre en las venas, Paisaje del ciclista* y *Bendita calamidad*. Mi última novela, *Alerta Bécquer*, lleva un título sugerido por él.

Habría muchos más autores, editores y títulos de los que hablar. Esto es solo una aproximación a la punta de un iceberg que aún deja un extraordinario volumen oculto. La generosidad con que Félix Romeo compartió su sabiduría y su imaginación ha marcado infinidad de libros y, lo que es más importante, ha hecho felices a infinidad de amigos y desconocidos. Algo a recordar de alguien cuya obsesión era el fomento y el reparto de la felicidad a través de las pequeñas cosas que embellecen la vida cotidiana.

ESTRELLA FUGAZ

Rodolfo Notivol

Me dejaría cortar un dedo por ser poeta, le oí decir una vez. Estoy seguro de que por ser delantero centro o lateral derecho o por jugar, aunque sólo hubiera sido un minuto, con esa camiseta o, incluso, por haberse sentado con los suplentes en el banquillo de La Romareda un solo partido, se hubiera dejado cortar dos.

En el prólogo de *Cuentos a patadas* escribió: «El Zaragoza es un trozo más de la vida de quienes hemos trabajado en este libro...». Así lo sintió desde niño y así lo hizo ver en su literatura. En *Dibujos animados* escribió: «El último ataque que le dio a mi hermana había un partido del Zaragoza contra el Las Palmas»…«Ganó el Zaragoza 6-3»…«Y no podía celebrar los goles. Es imposible entender el dolor si no lo sufres, eso es así. A mi hermana se le estaba reventando la cabeza y yo quería celebrar los goles del Zaragoza».

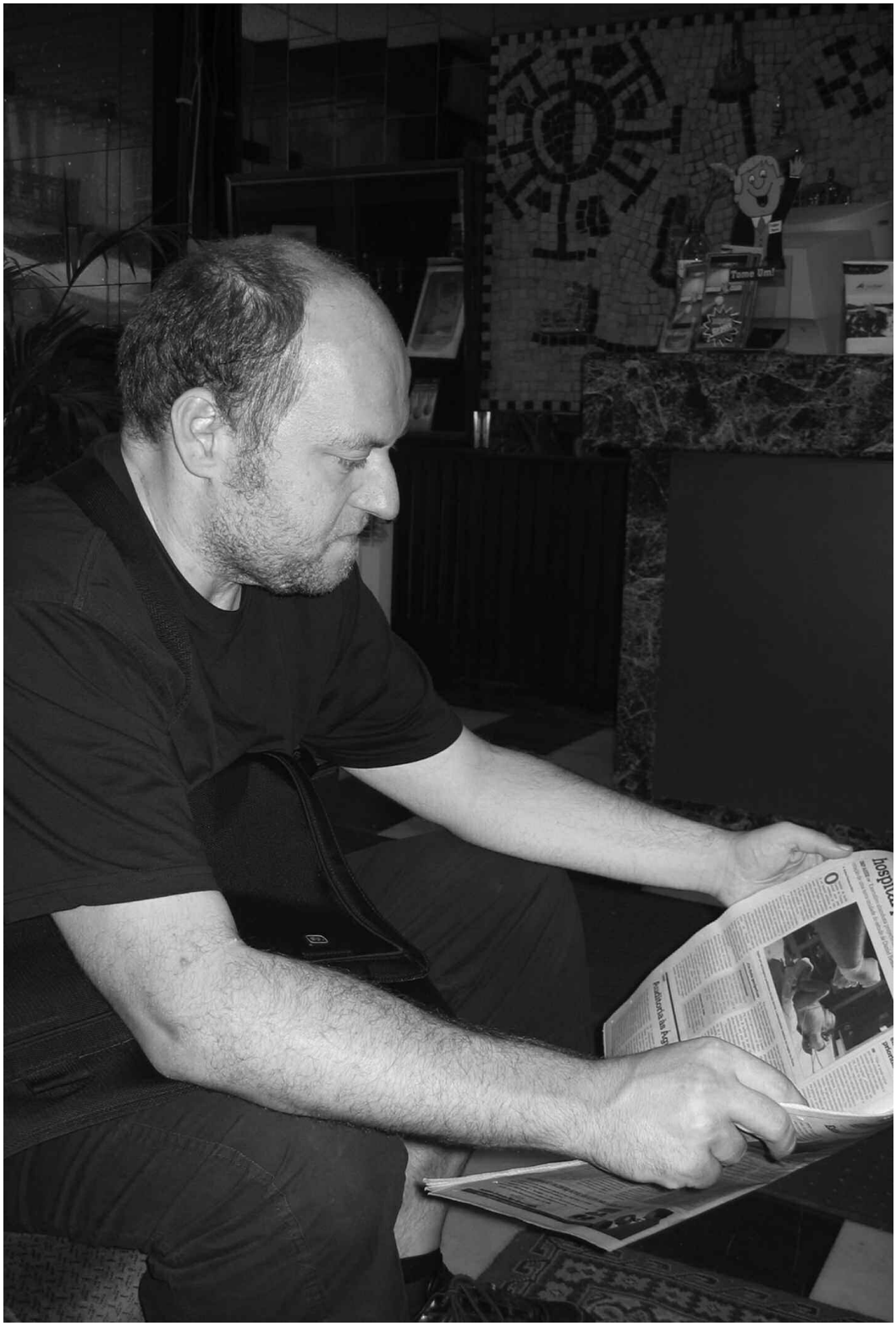
Venía a La Romareda con la cartera llena de pipas, de bebidas para los amigos y, sobre todo, de optimismo. Otra vez en *Cuentos a patadas* escribió: «El fútbol ha sido siempre motivo de felicidad, y la verdad es que no se me ocurren asuntos más importantes que la felicidad». Y el Zaragoza se la daba. En su columna «Los naturales», sobre el 6-1 al Madrid del año 75, escribió: «Es el primer partido de mi vida que recuerdo y lo vi en una televisión en blanco y negro, sentado en el suelo y dando botes con el culo y gritando cada gol».

No dejo de pensar estos días el gran entrenador que hubiera sido. Quizá la táctica no fuera lo suyo, pero no me cabe duda –lo sé por experiencia– de que los jugadores hubieran saltado motivados al campo, de que habría tenido las palabras precisas para cada uno y de que al menor atisbo de melancolía hubieran acabado en el banquillo.

Cuando estaba de viaje, le enviaba un sms con cada gol del Zaragoza, con cada resultado. Era difícil ser el primero. Tenía tantos informantes como amigos zaragocistas, y de estos tenía un montón. Si eras zaragocista tenías mucho ganado para ser su amigo. Pero no se conformaba con que lo fueras de palabra, quería que, además, ejercieras. Igual que hizo escritores, hizo un buen puñado de abonados: Yorgos y Fernando Sanmartín, Eva Puyó, Ismael Grasa, Guillermo y Víctor Juan, Antonio Pérez Lasheras, Miguel Mena, el mismo Labordeta. Era un activista del zaragocismo. Por medio de José Luis Melero, y de forma desinteresada, junto a otras que no llegaron a concretarse, aportó ideas para algunos de los actos de celebración del 75 aniversario del club. Propuso que se pinchara música de grupos aragoneses en los descansos, que se acercara el club a los inmigrantes (hasta adelantó un lema: «Gracias por venir. Gracias por ser zaragocistas».), que se creara un cómic para los seguidores más jóvenes. Y es que no solo vivía el Zaragoza, también lo soñaba. Soñaba un Zaragoza que implicara a toda la ciudad; un Zaragoza orgulloso de su historia, pero moderno; un club grande, que perteneciera a su gente, que fuera lo que los zaragocistas quisieran (sin injerencias), que tuviera su propio campo y que diera, por fin, el salto para ser campeón de liga.

De sus «botas» nació *Cuentos a patadas*, el libro del 75 aniversario del que antes hablaba. Después de leer el cuento con el que participé, me dijo que debía de titularse «Estrella fugaz». Un problema de imprenta lo impidió. Lamentablemente, hoy puedo usar aquí ese título. Para los que le quisimos, para aquellos a los que supo querer tan bien, Félix ha sido esa estrella fugaz. Nos deslumbró, apareció en nuestras vidas a toda velocidad para empujarnos a cumplir nuestros deseos y se ha apagado demasiado pronto. Su muerte nos ha dado una paliza, nos ha desfigurado el rostro. Pero su recuerdo será el de alguien luminoso y desprendido. El primer gol del Zaragoza que no pudo ver fue aquella chilena de Postiga mirando al cielo. Me gusta pensar que se trató de un homenaje secreto para él. Los que le quisimos tenemos que hacerle ahora el nuestro. Como él querría, tenemos que seguir amando, riendo, escribiendo, comiendo bocadillos de jamón, llenado La Romareda y cantando los goles del Zaragoza. Y, sobre todo, aunque sin él será un poco más difícil, tenemos que seguir intentado ser felices.

Prometido amigo.



Portugal. Septiembre de 2005. Fotografía: Chusé Raúl Usón

LETRA A LETRA

Julio José Ordovás

Uno de los muchos libros que Félix Romeo proyectaba escribir, y que seguramente no habría escrito aunque hubiera vivido hasta la Tercera Guerra Mundial, iba a tratar del paso de los aragoneses por París. En ese libro nonato no podía faltar José Mor de Fuentes, que cumplió su sueño de poner los pies en la capital del siglo de las Luces cuando ya había rebasado los setenta años. Todo París, escribió Mor de Fuentes, es una librería perpetua, y como una librería perpetua veía el mundo Félix Romeo, que amaba París casi tanto como Zaragoza.

Su cabeza no paraba de bullir y Félix Romeo necesitaba una fórmula para dar salida a todo ese caudal pop en el que se cocían mil asuntos a la vez y que le precipitaba de libro en libro movido por algo que no era exactamente fiebre o gula o lascivia, sino una mezcla de las tres cosas. La fórmula tenía que concederle una absoluta libertad de movimientos porque él odiaba repetirse, bailaba con las ideas cambiando a cada minuto de canción y de pareja, pero manteniéndose siempre firme en sus convicciones.

El primer libro de Félix Romeo, como nos descubrió José Luis Melero en su columna del Artes y Letras, fue un estudio de encargo sobre la novela negra de Andreu Martín titulado *A Martinazos* y publicado en 1993. Estructurado en forma de diccionario, comenzaba con la A de asesinato y terminaba con la Z de Zaragoza. Tenía veinticinco años y ya había encontrado la fórmula mágica que le permitiría ordenar, desordenar y volver a ordenar a su antojo la librería perpetua del mundo.

En los abecedarios de Félix Romeo no hay reglas, pasa de una letra a otra saltándose las que le da la gana, como si fueran casillas del parchís y nadie pudiera pararle los dados. Disfrutaba jugando con las palabras, con esa seriedad con la que juegan los niños, pero era evidente que le estimulaba sacudir al lector con conexiones insospechables. Se proponía intentar agotar todos los temas, según las instrucciones de Perec, enfocándolos desde el mayor número posible de perspectivas, desplegando su inagotable biblioteca portátil y rizando, por pura diversión, el rizo erudito. Los abecedarios de Félix eran un juego malabar, pero también un juego de estrategia. Se retaba a sí mismo imponiéndose, con cada nuevo abecedario, un más difícil todavía.

Los abecedarios de Félix, que lo mismo le servían para un artículo que para una conferencia, están articulados a la manera de carruseles, para que los libros y las ideas no dejen de girar, provocando sucesivas iluminaciones. Desde abajo pueden parecer mareantes, pero si te subes a ellos ya no quieres bajar. También podría utilizar un símil gastronómico y decir que eran ensaladas en las que mezclaba libros y ciudades, miedos y pasiones, sentimientos e ideología.

Voy a intentar explicarme mejor. Leer los abecedarios de Félix Romeo era como sentarse a jugar con él al Trivial. Habrá quien aún le acuse de hacer trampas, pero, hiciera trampas o no, nadie le ganaba. No tenía rival. Lo sabía él y lo sabíamos todos.

Los abecedarios de Félix Romeo eran juegos de destreza y de conocimiento, pero no solo. Él no era uno de esos tontos del culo que practican el exhibicionismo intelectual para ocultar su raquitismo vital y su negrura sentimental. En sus abecedarios Félix Romeo conjugaba vida y cultura porque para él la vida sin cultura no era vida y la cultura sin vida no era cultura.

Le gustaban mucho los *Silabarios* de Goffredo Parise, en los que los sentimientos humanos se muestran en toda su grandeza y en toda su desolación. Parise no los pudo concluir, tuvo que detenerse en la S de soledad porque la poesía le abandonó. También le gustaba mucho el *Abecedario* de Czeslaw Milosz, que tenía abierto por la D de desgracia: «La desgracia existe. En tu defensa solo puedes alegar: Quiero vivir».

Félix Romeo dejó una novela inédita y varios libros dispersos. Uno de ellos, quizá el más hermoso, se titula *Abecedarios*. Empieza con la A de amor y termina con la Z de Zaragoza.

EN LA «BELLA FRANCIA»

Antonio Pérez Lasheras

Ha sido en Montpellier, en la «bella Francia» del romancero, donde se le ha tributado el primer homenaje a Félix Romeo: el coloquio *Subversion(s) dans le littérature et les arts de l'Espagne contemporaine,* cuyo subtítulo rezaba: *En hommage à Félix Romeo*. Los responsables del evento, los profesores Jean-François Carcelen, Adeline Chainais, Céline Pegorari y Nathalie Sagnes-Alem, quisieron que así se hiciera.

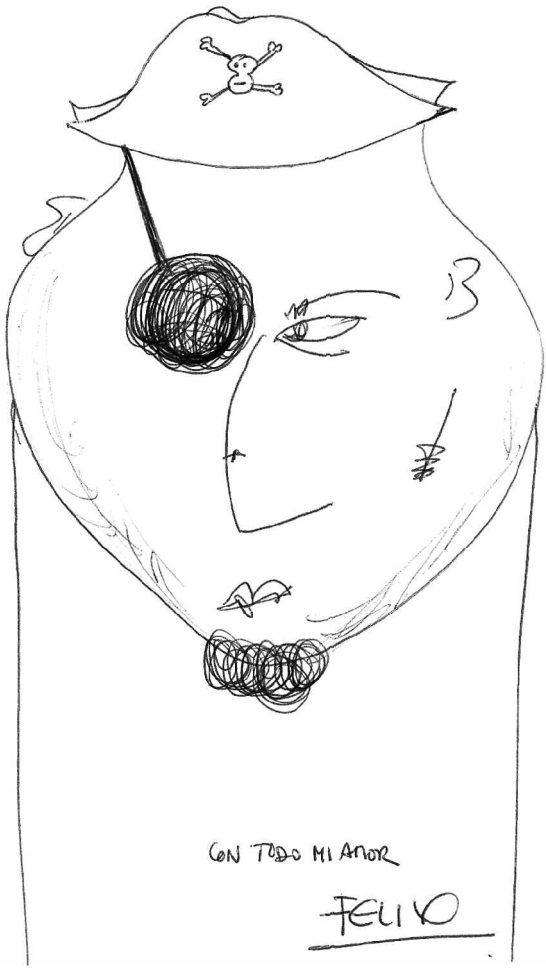
Cuando estaba preparando este coloquio, uno de los promotores, Jean-François Carcelen, amigo desde mi primera estancia en Grenoble en 1990, pensó que la figura de José Antonio Labordeta se ajustaba perfectamente al propósito del encuentro, que yo podría introducir su obra literaria con una conferencia y presentar su poesía completa. También pensó en Ignacio Martínez de Pisón y en Félix Romeo: el primero propuso como título para su intervención «Regreso al mundo real»; el segundo proporcionó el siguiente: «De la literatura considerada como un acto criminal»; le comenté sobre qué iba a hablar, me contestó que ya me enteraría. Me quedé sin saberlo.

En la introducción al coloquio, Jean-François, quien conoció a Félix en un viaje relámpago que hicimos a la ciudad mediterránea con objeto de formar parte del tribunal de tesis doctoral de Céline Pegorari y se quedó prendado de sus saberes enciclopédicos, leyó unos fragmentos de un artículo que escribí con el título de «Amigo Félix»:

> Félix era una máquina de ideas. Las regalaba como otros regalan sonrisas, miradas o desprecios. Félix era generoso con todos, sobre todo con su tiempo y sus ideas [...]. Félix era hombre de convicciones y las defendía con tenacidad, a veces con contumacia. Félix amaba la libertad ante todas las cosas, aunque en ocasiones tuviera un concepto discutible de la misma. [...]
>
> Félix era un niño curioso a quien no se le podía llevar la contraria ni romper las expectativas, como no se puede quebrar las alas de las hadas, con permiso de Peter Pan.
>
> Félix lo llenaba todo y su ausencia dejaba un vacío inconmensurable. Sobre todo en las piscinas. Félix era una sirena en un cuerpo extraño, equivocado. Félix amaba el amor y la familia. La suya, sobre todo, pero también las de los amigos. Félix era el tío soltero que todos los niños quieren tener. Siempre venía con algún regalo. Félix sabía lo que le gustaba a cada hijo de sus amigos y sabía regalarles su cariño como si necesitara comprarlo, como un padre separado o un primo americano. A Félix le dolía el dolor ajeno y sangraba por las heridas de todos. Félix sabía pedir perdón antes de necesitarlo y creía en la amistad como otros creen en la vida eterna. Félix era un huracán de luz, un torrente de ideas, un sifón de razonamientos y, a veces, una mina de aporías. Félix buscaba la felicidad, sobre todo la ajena, porque él sabía, como Gracián, que la felicidad es una isla desaparecida en medio de un océano de tribulaciones.
>
> Félix tenía un conocimiento intuitivo de las cosas. Llegaba antes que nadie y sobravolaba la abstracción. Por eso le costaba aterrizar en lo concreto. Cuando los demás llegábamos razonando, Félix se alejaba en su vuelo. Félix siempre estaba más allá de no se sabe dónde, más acá de ninguna parte. Félix fue el hijo que Labordeta no tuvo [...].
>
> Félix teorizaba sobre todo: sobre literatura, sobre urbanismo o sobre la morbosidad del bonito. Pero no cabe duda de que sus opiniones literarias han dejado una honda secuela en

su generación y en la posterior a la suya. Félix estaba obsesionado por la literatura emanada de la vida y la vida sacudida de la literatura. Por eso le horrorizaba la literatura falsa e impostada, los cielos y las mentiras. Félix no pertenecía a la Asociación Aragonesa de Escritores. A Félix le encantaba que las novelas hablaran de su ciudad y que Zaragoza tuviera un imaginario literario. Félix odiaba el rencor y a quienes utilizaban el poder para lucrarse y trepar. A Félix se le quería como se quiere a un hermano, sin preguntar nunca el porqué de las cosas. Félix aparecía y desaparecía. Félix fingía estar contento cuando sabíamos que por dentro algo le corroía; expandía alegría cuando más triste estaba. Félix sabía todo de nuestras vidas y nosotros apenas adivinábamos en su semblante qué se escondía en su interior. Felix era ciclotímico y de carácter voluble. Félix era mi amigo y se ha ido. Pero esta vez no volverá. Félix, Félix: esta vez el juego ha ido demasiado lejos. ¡Vuelve ya con una caja de bombones y di aquello de «¿Qué tal, amiguitos?», la broma ya ha durado demasiado! Nuestros hijos preguntan por ti.

Entonces, solo entonces, fui consciente de que se nos había ido para siempre, pero que quedaban con nosotros sus palabras; y pude esbozar una mueca que quería ser sonrisa después de tantas lágrimas. Queda mucho por hacer.



UNA FIESTA EN LA TIERRA

Ángel Petisme

Hay números que uno no borra de su agenda
por temor a que un día la memoria
y el tiempo nos recorten las alas.
Hay amantes que te pueden llevar al infierno
de la mano, sin pasos de cebra,
y hay hombres como Félix que hicieron de cada día
una fiesta en la Tierra.

En la Tierra sólo los locos nos enseñan a amar
y por eso tenemos tanto mono de ti.
Hay correos electrónicos que uno espera
toda la vida para entender que puedes hacer daño
pero pedir perdón un minuto después.
Guardo postales tuyas de principios de los ochenta
y tengo en mi bandeja de entrada
una carpeta rebosante de besos.

Dicen que el océano es el lugar donde viven las almas
que esperan volver a nacer. Félix,
me gusta saber dónde vives ahora.

Hay hombres rodeados de sillas vacías
que tardan en comprender que ya están muertos
y otros se van discretamente un viernes
y nos convierten en fantasmas para toda la vida.
Hay cadáveres que gozan de excelente salud.

Volveremos a vernos pero aún no, aún no,
dice el esclavo negro a Máximo en *Gladiator.*

Te imagino en librerías, la *Lello e Irmao* de Oporto,
bajo la gran vidriera y escalera neogótica,
ametrallando a Bernardo Soares
con preguntas sobre el *Libro del Desasosiego.*

Te veo en un jardín zen, blanco, con montañas de libros,
las de tu apartamento de Plaza España,
gin-tonics, Labordeta y Sender en el sofá,
huevas de lumpo y queso Philadelphia, Hemingway, Chusé,
la Ginzburg, el gordo Gómez,
y escritores nipones que sólo tu leías.

Carmen, Félix está en el cielo, le dije a tu madre,
porque el infierno es el olvido de los otros.

Me gusta imaginarte como siempre de negro,
–no de sombra y ceniza–, carcajadas de luz,
con una máscara veneciana de color en las manos,
un espíritu libre, un hombre que desea,
tumbado bajo el granado
del huerto de tu padre,
bailando bajo lluvia amarilla.

Te veo feliz, colonizando estrellas, peleándote
(¡tus tormentas de títulos!) con Rilke y Whalt Whitman
por nombrar como se debe a libros y asteroides
que nadie ha visto aún.

Te veo en los restaurantes, en los puentes,
comprando nubes en las tiendas de chuches,
por la geografía del graffiti y el sueño
de las ciudades donde habita el placer.
Flores salvajes que os marchitáis a cada minuto,
a cada rayo de sol, preguntad en los márgenes
del río de la tristeza por el príncipe de la felicidad.
Él sabe dónde ríen los amigos de las flores salvajes.

He aprendido a echarte de menos sin llorar,
he aprendido a escribir a golpes, tras perder
un amor, otro, la vanidad y a los seres que importan.
Sabremos irnos sin despedirnos, Félix.

No esperaremos a que pase la tormenta,
aprenderemos a bailar bajo la lluvia,
volveremos a vernos pero aún no, aún no.

En un avión. Fotografía: Cristina Grande

MIRANDO EL MUNDO CON FÉLIX

Vicente Pinilla

En este número de *Rolde* y en los artículos que se publicaron tras su fallecimiento, muchas personas destacan o han destacado la pasión total de Félix por la literatura. Es cierto. Además, para entender a Félix hay que salir de su mundo favorito, porque su curiosidad era infinita y lo desbordaba ampliamente. Encontrártelo suponía que inmediatamente te preguntara con sincero interés lo que estabas haciendo (o sea en qué estabas trabajando).

Al recordarlo ahora, en este homenaje que le hacemos desde *Rolde*, he pensado en nuestros encuentros. Lo traté mucho cuando él era muy joven, cuando todavía estaba en el instituto y en los años inmediatamente posteriores. Luego, la complicación de mi vida familiar, los hijos, me hizo verlo menos a menudo. Sobre todo nos veíamos cuando venía Ignacio Martínez de Pisón de Barcelona y, en un rito que tiene ya varias décadas, quedábamos por la noche, o en algunas presentaciones de libros y eventos similares. Al pensar en él, he querido organizar esta evocación en torno a tres cenas. Ninguna de ellas tiene nada de especial, excepto que recuerdo con claridad de qué hablamos en cada una y que se extienden a lo largo de todos los años de nuestra amistad.

La primera vez que cenamos juntos fue en mi casa. Él estaba todavía en el instituto. No sé de donde veníamos, pero sí que luego íbamos al Ángel Azul con Ignacio y los demás. No sé por qué nos fuimos los dos a la que entonces era mi casa. Apenas estrenada. Casi sin muebles. Imposible recordar qué cenamos, excepto que al abrir una lata de mejillones me hice un buen corte en la mano. La sangre se mezclaba con el aceite, rojo con naranja, y Félix se afanaba por ayudarme. Aquel día echamos una mirada al mundo más cercano, Aragón. A Félix entonces le dolía su tierra unamunianamente. Quería arreglar todo y lo más rápidamente posible. Como era su costumbre examinó con profundidad mi biblioteca y se llevó dos cosas. Un libro algo difícil de encontrar de poemas en aragonés cheso de Veremundo Méndez, *Añada'n la Val d'Echo* y los cuatro tomazos con la colección completa de la revista de los aragonesistas de antes de la guerra en Barcelona*, El Ebro*.

La segunda cena que quiero evocar tuvo lugar unos quince años después. Volvía a mi casa antes de cenar y vi a Félix con Cristina tomando algo en el Bolé. Entrar a saludar fue insistirme para que me quedara. Bebimos vino del nuevo mundo, creo que argentino, y repasamos la geografía vinícola del planeta. En esa segunda mirada al mundo, tocamos uno de sus temas favoritos, y también mío, la condescendencia en este país desde algunas posiciones de izquierda con las dictaduras presentes o pasadas. Salió Martin Amis con *Koba el temible* e hicimos un recorrido por nuestros tiranos más odiados. De Stalin y Lenin, a Mao, deteniéndonos por el medio en los nazi-fascistas como Hitler o Franco, y acabando con algunos epígonos todavía al mando. Protestamos, nos exaltamos y lo regamos con abundante Malbec.

Finalmente, la última vez que cenamos juntos. Poco antes de morir, menos de veinte días y en Casa Emilio, el día siguiente del aniversario de la muerte de José Antonio Labordeta. Una cena de amigos para recordarlo. Como en los ya muy viejos tiempos, en algún momento la conversación derivó a la política. Nos acabábamos de enterar de la coalición de izquierdas que se había formado para las pasadas elecciones y algunos estábamos profundamente desilusionados de que los amigos de la CHA fueran con el viejo PCE. Creo que Félix, José Luis Melero y yo fuimos los que más enérgicamente protestamos. Parece que en la conversación de esa cena se fundían los temas de las dos que he relatado anteriormente. Cantamos muchas canciones de José Antonio, por cierto muy mal y con dificultades para sabernos las

letras completas. Félix puso orden. Como no acabemos una bien, dijo, viene el Abuelo y nos da unas hostias a todos. Al final lo conseguimos. Fue la última vez que lo vi.

Muchos han recordado al gran polemista que era Félix. Yo, que lo veo siempre en mi cabeza sonriente y vestido de negro, me he acordado, en cambio, de momentos de coincidencia, de confluencia de opiniones.

Cuando murió Félix yo estaba en Madrid. No sabía que él también. Cuando acabé la reunión a la que había ido, me metí al tren y cuando me enteré era demasiado tarde. Me hubiera gustado acompañar a Aloma y a Daniel y echar una mano.

Termino. Antes voy a la biblioteca. Abro los libros que tomó aquella primera vez en mi casa y me devolvió años después. Busco alguna señal suya. En el primero no la encuentro, apenas un separador de páginas que no era mío. En la revista *El Ebro*, polvorienta y sin que la hubiera vuelto a abrir desde que me la devolvió, sí. Están los cuatro tomos llenos de papelitos de colores que marcan páginas. Trato de descifrar que quería hacer o que buscaba. Está claro, son todos los textos relacionados con el aragonés que se publicaron en la revista. Cuentos de Llampayas, poemas de Cleto Torrodellas, una sección de filología aragonesa… Por cierto, los papelitos son como unos cromos de cartón de una colección llamada *Los récords del mundo de Bimbo*. ¡Qué ocurrencia Félix! ¡Me has dejado tu colección de récords ganada a base de comer bonys, bucaneros y tigretones!

Visito por último sus libros. Los estantes de narradores aragoneses, los tengo sorprendentemente bien ordenados, alfabéticamente. A la izquierda de *Dibujos Animados* está *Jóvenes y guapos* de Aloma Rodríguez. A la derecha de *Amarillo* está *Apuntes de París* de Fernando Sanmartín. Me quedo tranquilo, está acompañado por sus amigos.

Ignacio Martínez de Pisón, José Luis Melero, Fernando Ferreró, Félix y Antonio Pérez Lasheras. Fotografía: Cristina Grande

EN LA COCINA CON FÉLIX ROMEO

Eva Puyó

Félix decía que una película o un libro no eran buenos si no salía gente comiendo o bebiendo en ellos. A Félix le gustaba cocinar para sus amigos y para su pareja. Era un acto de amor hacia la gente a la que quería.

Como invitado, Félix alababa a los anfitriones. Muchas veces sugería mejoras en los platos, como hacía con los textos que escribíamos y con los proyectos en los que nos embarcábamos. Lo expresaba con naturalidad: «A esto le podría venir bien…». Sus propuestas eran muchas veces originales y sorprendentes. Al llegar a casa enviaba un correo electrónico en el que daba las gracias por la cena y por nuestro cariño. Félix en la vida y en la literatura no era una persona resentida, sino todo lo contrario. Se sentía afortunado por cosas aparentemente tan nimias y cotidianas que hacía que te dieras cuenta de su importancia.

En los restaurantes le gustaban las mesas redondas. En Casa Emilio es célebre su afición a cambiar la disposición de las mesas para que nos viéramos las caras y participáramos en la conversación. Uno de los consuelos que tengo es que la noche anterior a su muerte estuviera cenando y hablando de cine, de literatura, de política y de la vida con algunos de sus mejores amigos: Daniel Gascón, Jonás Trueba, Aloma Rodríguez y Ricardo Cayuela.

Con Félix he estado en restaurantes caros y en restaurantes o bares muy baratos. En un artículo decía que se puede intentar preparar bien unas simples papas bravas. Félix quería que Zaragoza fuera una ciudad mejor. Para ello, en lugar de echar la culpa a los demás, podíamos empezar por intentar mejorar el día a día de nuestro entorno cercano.

Cuando viajábamos, Félix se las arreglaba para encontrar locales que muchas veces no aparecían en las guías. Recuerdo que en Lisboa fuimos con su pareja de entonces, Cristina Grande, a un restaurante goano. Félix, en estos locales, solía hablar con el dueño. Como hacía habitualmente con quien acababa de conocer, se interesaba por su vida, por su negocio.

En Zaragoza también íbamos con él a restaurantes exóticos. Le gustaba ser el primero en descubrirlos. Félix no era un *snob*. Creo, más bien, que estaba siempre un paso por delante de «los modernos» en darse cuenta de lo que era *cool* y de lo que era chulo. Cuando te llevaba a estos restaurantes, muchas veces en barrios periféricos, Félix, como también hacía a través de su literatura, construía una nueva realidad. Nuestra ciudad podía tener rincones parisinos, neoyorquinos o limeños. Estaban allí. Sólo había que tener la curiosidad y la mirada para descubrirlos y disfrutarlos.

Félix veía a menudo programas de cocina. Le gustaban los de telerrealidad, como «Pesadilla en la cocina», en el que un cocinero ayudaba a reflotar un local que no funcionaba, y también los de recetas, con su literatura sencilla de ingredientes y pasos que hay que seguir. Félix era muy sensorial. Hablaba muchas veces de olores, de tocar, de besar, de follar, de amar. Su cocinero favorito era Jamie Oliver. Creo que admiraba de él su forma fresca y directa de entender y transmitir la cocina, alejada de los cocineros sacerdotales. En la literatura, tampoco pensaba que los autores fueran los poseedores de una «llama sagrada».

Uno de sus últimos proyectos consistía en preparar un libro de cocina con recetas que aparecieran en novelas. A Ismael y a mí nos invitó una noche a la finca que su pareja Lina Vila tiene en San Mateo de Gállego para que probáramos algunos de estos platos. La cena terminó con un postre de sabor a coco, antiguo y decadente, a partir de una receta de Lezama Lima. A pesar de que muchas veces se dice de Félix que era una persona de ideas, más que de llevar a cabo proyectos, los platos que elaboró estaban ahí: materiales, físicos y reales. La literatura y la vida. El amor y la amistad. La comida y las conversaciones.

Al poco de que falleciera, Pepe Cerdá le entregó a mi pareja, Ismael Grasa, el retrato de Félix que pintó para La Lonja. «Tú sabrás cuidar de él mejor que yo», le dijo. Hemos pensado que tal vez sea buena idea colgarlo en la cocina para que nos acompañe mientras cortamos una cebolla, que nos hace llorar, mientras descorchamos un vino, que nos alegra y calienta el corazón.

FÉLIX ROMEO Y LA RISA

Aloma Rodríguez

En *El nombre de la rosa*, Umberto Eco traza una ficción sobre algo que siempre ha llamado la atención de los filósofos, de los historiadores de la filosofía y de los filólogos: ¿escribió Aristóteles sobre la risa y se perdió o no llegó a hacerlo nunca? Quiero anticiparme a que suceda algo similar con Félix Romeo: él era la risa, estaba a favor de la risa, le gustaba reírse, que se rieran sus amigos y veía el mundo más en clave cómica que trágica.

Félix Romeo era uno de los inventores en la sombra de algunas «Toponimias» de la sección dominical del programa de Miguel Mena, *A vivir Aragón*. La toponimia es una mezcla entre adivinanza, juego de palabras, ingenio, chiste y jeroglífico que oculta el nombre de un lugar. Por ejemplo: «tipo de tela que da risa, pero poca» es Lanaja.

Félix Romeo se inventaba también chistes del tipo «Se abre el telón». Se abre el telón y está Carmen París cantando en una residencia de ancianos, que la abuchean, ¿cómo se llama la película? *No es París para viejos*. Es uno de los chistes de Félix Romeo. Decía que los chistes tenían que ser rápidos y malos.

Siguiendo su estela, Daniel Gascón se inventó algunos chistes con nombres de escritores: el escritor maltratador es Juan Larrea; David Barreiros inventó algunos con directores de cine: el director más fuerte es François Trésfort; y yo decidí que el cineasta más chistoso es Éric Brohmer.

Pero Félix no solo inventaba chistes, sino que contaba los de otros. Uno de sus chistes favoritos (y de los míos también) se lo había oído contar a Arguiñano: el chiste del osito polar. Un osito polar va caminando junto a su madre en el polo, mientras los pies se le hunden en la nieve. De pronto, el osito para y pregunta muy serio a su madre:

–¿De verdad que soy un osito polar?

–Por supuesto que sí –responde la madre–. Yo soy una osa polar, tu padre es un oso polar; tus abuelos eran osos polares.

–Jo –interviene el osito–, es que tengo tanto frío.

Evidentemente el chiste gana mucho si quien lo cuenta le da un tono de queja lastimera a la intervención del osito.

A veces Félix explicaba un libro o una película por la risa que le había provocado. No le gustó *Superbad* (Greg Mottola, 2007) porque no se había reído ni una sola vez: «Se supone que en las comedias te ríes, ¿va de eso, no?», me dijo. Me dio su ejemplar de *Confesiones a Alá*, de Saphia Azzeddine y me dijo: «No me ha gustado, pero me he reído una vez» y buscó qué le había hecho reír: «A menudo [los hombres] dicen: "todas putas excepto mi madre". Pero los muy imbéciles olvidan que sus madres, antes de madres, fueron mujeres». No entendía qué era lo que me divertía de *Muchachada Nui* o de *Museo Coconut*, del que no se perdía ni un capítulo para ver si conseguía reírse.

A veces, cuando íbamos a cenar a Casa Emilio decía: «Aloma, cuenta algo gracioso», y si no se me ocurría nada, me echaba la bronca por caer en la melancolía. La noche que llegó a Madrid cenamos en un italiano de la calle Cervantes Jonás Trueba, Daniel Gascón, David Barreiros y yo; luego fuimos a tomar cervezas a una terraza de la plaza Matute, se unieron Ricardo Cayuela, Miguel Aguilar y Ramón González Férriz. Nada más sentarnos le conté un chiste que se me había ocurrido: ¿palíndromo del eyaculador precoz? ay ya.

Al día siguiente, jueves, yo revisaba una traducción y me sugirió que cambiara «se reían a carcajadas» por «muertas de risa».

La imagen por defecto que aparece una y otra vez es la de Félix Romeo riéndose a carcajada limpia. Luego vienen otras, pero la primera es esa: Félix riendo. Tenía muchos tipos de risa: la escandalosa, la amable, la que sonaba de maravilla en la radio, la tímida… Félix Romeo defendía muchas cosas: la alegría, la libertad; quería un mundo libre y la risa era un elemento fundamental en ese mundo, como lo eran la literatura, la libertad, el amor, la comida y la bebida. La risa era el salvoconducto de la felicidad.

NUEVE RECUERDOS DE FÉLIX ROMEO

Fernando Sanmartín

El 26 de enero de 1998 nevó en Madrid. Ese día, mientras la nieve transformaba la ciudad, Félix Romeo escribió una carta. Era para mí. Llegó por fax y por sorpresa. En ella me hablaba de Marín Bagüés, un pintor estupendo y raro, y de su lienzo sobre el río Ebro, lleno de sensualidad, erotismo y luz. En ella me recomendaba un libro de Peter Handke. En esa carta salía Zaragoza («no te pierdas el Centro del taxi, en Montecanal»), Sender, Pamplona Escudero, Jarnés, Derqui, Conget y Mariano Gistaín. Subrayé muchas palabras en la carta. Entre otras, la siguiente frase: «Lo difícil en la escritura es la sencillez».

Es un jueves de noviembre y llueve sin parar en Madrid. Puede ser el año 1997. También puede ser 1998. Dudo entre ambos. Pero la mañana de aquel jueves, bajo una lluvia persistente, caminé por las calles de Madrid con Félix Romeo, de un sitio a otro, sin importarle que no lleváramos ni un minúsculo paragüas. Estuvimos en la librería Hiperión, y al salir por la calle Salustiano Olózaga hacia la calle de Alcalá arreció la lluvia. A él le daba igual. Llevaba unas botas negras que parecían las de un explorador polar. Yo llevaba zapatos. Y odio que se me mojen los zapatos. «Me estoy chipiando», le decía con tono de protesta. Y su respuesta era campestre, inmediata: «Mojarse es bueno, siempre que no te enfríes». Tenía razón. Solía tenerla dentro y fuera de la literatura. Y ninguno de los dos nos enfriamos.

21 de marzo de 2005. Está en Aberdeen. A las tres de la tarde me llega un e-mail suyo. La primera línea describe la ciudad: es como Santiago de Compostela y tiene algo de Logroño. Me dice que hay una calle *cool*, garitos *cool* y librerías *cool*. «Puedo comprar *El País* con un día de retraso, y el *Hola*, y el *Telva*, y el *Marca*, que es el periódico que más compra la colonia española.» Me pregunta si le había hecho caso en algo que me indicó sobre un texto de Ignacio Fortún. Se lo hice. Pero en ese e-mail había un autorretrato: «soy un misántropo disfrazado de sociable jajajaja». Aún memorizo ese autorretrato.

Recuerdo que el año 2007 celebró su cumpleaños en su casa, en la calle Conde de Aranda. Le regalamos un abrigo entre todos. Ese abrigo era una metáfora. Porque él era quien más nos abrigaba.

En octubre de 2008 saqué un libro de poemas. Se lo di a Félix una mañana, en una cafetería regentada por unos chinos que está junto al palacio de la Aljafería. Quedábamos allí alguna vez. Le di el pequeño libro y me dijo que se lo dedicara. Yo no llevaba bolígrafo y utilicé el suyo: un Staedtler triplus fineliner, de tinta roja. Me gustó ese bolígrafo y me lo regaló. Y a partir de ese día, usé su bolígrafo para dedicar esas páginas. Ahora han pasado varios años y pronto voy a publicar otro libro de poemas. Y guardo el bolígrafo de Félix para las dedicatorias de ese libro. A él no se lo dije nunca. Fue un error. ¿Por qué no se lo dije?

Lo cuenta en *Dibujos Animados*. Iba al canódromo de Zaragoza. *Cardona* era un galgo ganador. Pero su preferido fue *Scuter II*, que siempre quedaba entre los primeros, una garantía para las apuestas. Una tarde hablamos de las carreras de galgos. Le dije que había estado en Dublín y que una noche cené dentro del canódromo de Shelbourne Park. Él me contó cosas de los galgos. Unos meses más tarde se fue a Dublín, invitado por el Instituto Cervantes, y allí estuvo con Antón Castro y José Carlos Llop. Me llamó un sábado desde Dublín. Hablamos del canódromo. Y de que la literatura, a veces, persigue una liebre falsa. «Igual la liebre somos nosotros», me dijo antes de echarse a reír.

Estoy en Tánger. Es agosto de 2011. He tomado un té en el hotel El Minzah. Camino hasta la plaza del Zoco Grande, donde se encuentra el edificio del cinema Rif. Entro en la rue d'Italie y veo a mujeres bereberes junto a pequeños puestos de hortalizas. Enseguida doy con una tienda de especias. Venden cúrcuma y jengibre. También venden regaliz de palo. Compro varios troncos de regaliz para Félix. Pienso en llamarlo, pero no lo hago. Esa llamada le hubiera gustado. Mucho. ¿Por qué no lo llamé? ¿Por qué? Él siempre nos llamaba más de lo que nosotros a él.

22 de octubre de 2011. Sábado. A las once de la mañana comienza un partido de fútbol sala entre el colegio Moncayo y el Gran Vía. Es un amistoso entre dos equipos infantiles. Gana el Gran Vía por 1-5. El cuarto gol lo marca Jorge, mi hijo. Como hacen algunos *cracks* del balompié, levanta sus dedos índices hacia el cielo. Es algo que ha visto hacer. Pero él le brinda el gol a Félix. Me lo confiesa al terminar el partido y añade que esta temporada le dedicará todos los goles a él. Tiene ahora doce años y cuando tenía seis Félix fue a verlo un día a una sesión de entrenamiento. Llevaba la camiseta de un equipo de Primera División que gana muchas veces la Liga. Félix dijo que eso no podía ser. Al finalizar el entrenamiento, lo llevó a la tienda del Real Zaragoza, en La Romareda, y le compró la camiseta oficial del club, que se la cambió por la que usaba para entrenar. A mí no me compró ninguna camiseta, pero me enseñó el museo del Real Zaragoza, un lugar en el que yo nunca había estado. Jorge tiene doce años, pero cuando era más pequeño Félix lo inundaba con tickets que le permitían estar horas enteras subido a una atracción de feria que colocaban en la ciudad, cerca de su colegio. También lo inundaba con otros detalles. Por eso, el 10 de septiembre de 2010, o tal vez el día 11 o quizá el 12, me entró un e-mail suyo: «a ti te ha llegado tarjeta, pero seguro que a Jorge no lo han invitado a la inauguración de Lina. ¡Que venga!». Y allí estuvo Jorge como un espectador más de aquella exposición que Lina tituló «La boca del lobo», hablando con Félix, de tú a tú, como si los dos acabaran de cumplir once años.

Cena en Casa Emilio. Es un martes de septiembre de 2011. Se come varios helados. Parece feliz. Ha cantado canciones de Labordeta con Antonio Pérez Lasheras, con José Luis Melero, con Luis Alegre, con Chusé Raúl Usón... A la una de la madrugada, tres o cuatro nos marchamos. Él, como otras veces, nos pregunta: «¿Tenéis algo que hacer a estas horas?, ¡quedaos un poco más, joder!». Y esto último es lo que nos repetimos ahora, trasladándolo a él, diciéndole un día y otro día, porque son muchos días los que lo recordamos, lo mismo que nos decía a nosotros, pero más fuerte: ¡¿Por qué no te has quedado más, joder?!

EL HOMBRE QUE VESTÍA DE NEGRO

Javier Tomeo

Queridos amigos de *Rolde*:

Acepto encantado vuestro ofrecimiento para participar en el número especial de vuestra revista que dedicáis a Félix Romeo, pero no se me ocurre qué puedo escribir sin caer, a pesar de mi experiencia, en los tópicos de costumbre.

Sí quiero, de todos modos, dejar constancia en *Rolde* de lo mucho que quería y admiraba a nuestro amigo desaparecido, tanto por su innegable talento como por el entusiasmo y el amor que demostraba por la letra impresa. Los catalanes hubiesen dicho que era un «lletraferit», es decir, un hombre herido por las letras, amorosa e irremediablemente herido por las letras.

Nos conocimos cuando, de hecho, era un adolescente y criticó con gran talento en *Heraldo de Aragón* alguna de mis novelitas. Desde entonces ya no me abandonó y siguió mi carrera paso a paso. Su apoyo fue fundamental. Félix siempre estaba allí, en Madrid o en Zaragoza, escudado tras su ordenador, dispuesto a leer y a orientarme sobre todos los originales que le enviaba por vía electrónica. Su opinión me resultaba vital.

Estuvo conmigo en París en alguno de mis estrenos teatrales y divulgó generosamente el acontecimiento a través de su famoso programa de televisión *La Mandrágora*.

Félix amaba profundamente a Aragón y, obviamente, a su Zaragoza natal. En sus recorridos en coche por la provincia de Huesca, casi siempre acompañado por su gran amigo Ismael Grasa, me llamaba por teléfono móvil a Barcelona apenas llegaban a la vista de las gloriosas ruinas del castillo de Montearagón y ascendían hacia el Somontano por las curvas de Estrecho Quinto.

–¡Estamos pasando por tu pueblo! –me recordaba jubilosamente.

Era, tal vez, su forma de decirme: «cuidado, "amiguito", por muchas vueltas que dé el mundo no olvides nunca que eres aragonés y que nuestro Aragón necesita el esfuerzo común y solidario de todos los que, vivamos donde vivamos y estemos donde estemos, nacimos en estas tierras».

Todo está todavía demasiado reciente. Recuerdo perfectamente que la mañana de su funeral no había ni una sola nube en el cielo de Torrero y me pareció incluso que todos los pájaros se habían puesto de acuerdo para cantar al unísono. Sea como fuere, lo cierto es que por ahora no puedo cruzarme por la calle con alguien que pese de más de ochenta kilos y que vista completamente de negro sin que vea aparecer a nuestro amigo desaparecido con un par de libros bajo el brazo y alguna colaboración pendiente de entrega.

Félix, en efecto, consiguió que me gustase incluso el color negro.

LA SOMBRA DE FÉLIX NO ERA ALARGADA

Chusé Raúl Usón

Recuerdo que entró una tarde en la sede que el *Ligallo* tenía en el Coso zaragozano, un pequeño cuchitril de tres habitaciones. Ya había oscurecido y yo recortaba artículos de prensa. Recorrió aquel pequeño espacio, se acercó a la exigua biblioteca, una estantería desvencijada que contenía algunos libros y revistas en aragonés. Vestía de negro, largo pelo de color pajizo y amenazantes entradas. Antes de irse se acercó al tablón de anuncios, me enseñó una pegatina de Mafalda que había hecho él mismo y cuyo bocadillo había traducido al aragonés y me pidió permiso para colocarla. Era octubre de 1986 pero aquel tipo ya me sonaba de algo.

Recuerdo que me contó un día de verano de 1992, en Versión Original, el bar que tenía Carmen París, cómo se había suicidado su amigo Chusé en el piso que ambos compartían con Bizén en Barcelona. Aquella pérdida le estuvo atormentando hasta que escribió *Amarillo*.

La sombra de Félix no era alargada. Era redonda y tenía el tamaño de un eclipse solar.

Recuerdo cómo se obsesionó durante una temporada con las máquinas del Tetris. Creo que aquel juego de piezas de colores encajables le relajaba, le abstraía de todo. Conseguía no pensar en nada, poner la mente en blanco.

Félix me sonaba de verlo merodear por la «Primera Muestra de Pop-Rock y otros rollos» celebrada en marzo de 1984 en Zaragoza. Recuerdo verle comprar discos allí. También habíamos coincidido en Discoshop Piratas, una tienda de discos que había en la calle Moncasi. Allí acudíamos los dos al salir de clase. Era imposible no reparar en él. Él tenía dieciséis años y yo iba a cumplir los dieciocho en septiembre.

Recuerdo que entablé amistad antes con Chusé que con Félix. Yo acababa de empezar tercero de Filosofía y Letras y ellos primero. Tras el verano de 1986 se convocó un Congreso del aragonés. Yo formaba parte de una asociación universitaria en defensa del aragonés que decidió colaborar en la organización de aquel congreso y empezamos a reunirnos en un piso los miércoles por la noche. A aquellas reuniones venía un ser menudo y frágil vestido de negro llamado Chusé Izuel.

Félix también sufrió la picadura del aragonés. Dio clases a algunos de sus amigos en Las Fuentes, montó un grupo de música llamado *Zerras* en el que aporreaba el bajo y firmó sus primeros artículos literarios como *Félis*.

Recuerdo cómo doblaba los libros, abriéndolos por completo, para leerlos. Cómo se sentaba y apoyaba una de sus piernas, doblada, encima de la otra. Cómo cogía un pequeño pellizco de la tela de sus camisetas o camisas para ahuercarla a la altura del abdomen. Sus estornudos, que parecían los de un cachorro recién nacido, ridículos en aquel corpachón. Cómo cerraba los ojos en una especie de tic y cómo se reía hasta que se le saltaban las lágrimas.

Recuerdo que nos hizo ir a la central de taxis de Zaragoza. La acababan de inaugurar cerca de Montecanal. Quería contemplar el atardecer desde allí. Y allí estuvimos hasta que el sol se ocultó. Dijo: «Esta puesta de sol es magnífica. Nada que envidiar a la de Nueva York». Y coincidimos con él. Pero claro, para entonces ya habíamos dejado sin cerveza a todos los taxistas de la ciudad.

Félix consiguió que mis hijas no volvieran a cenar al McDonald's. Con una frase. Les dijo: «Las hamburguesas del McDonald's están hechas con pezuña de burro y carne de rata».

Félix, además de vivir su vida, también vivió la vida de sus amigos. Sufría con nuestros fracasos, por nuestros defectos, pero se alegraba como el que más por cada uno de nuestros triunfos, por nuestras victorias en la vida, por pequeñas que fueran.

En septiembre de 2005 estuve con Félix en Lisboa. Fuimos muy felices. Entró en mi furgoneta, se descalzó y no dejamos de tararear las canciones de todos los cedés que trajo. No faltaron ni Sergio Algora ni Franco Battiato. Ni el hermano de Paolo Conte. Caminamos por El Chiado y el Bairro Alto, visitamos librerías y museos. Bebimos, nos fotografiamos con Pessoa. Y creo que logré saber lo que sentía, lo que le atormentaba y anhelaba.

Recuerdo que, con cara de cansacio, me dijo: «Ojalá pudiera dejar de pensar, ojalá pudiera parar esto», señalándose la cabeza. Y entonces entendí lo duro que tenía que ser tener el cerebro siempre en funcionamiento, a toda velocidad. Un tormento.

Este junio, tras la presentación del último libro de Miguel Mena, le besé al despedirme. Fue el beso de alguien que está algo bebido. Me miró muy serio y me dijo: «No hace falta que me beses para demostrarme que me quieres».

Si un neurólogo hubiese estudiado el cerebro de Félix habría encontrado que existían más conexiones nerviosas en su cabeza que estrellas en el firmamento.

Félix me obligó a montar Xordica. Él hizo que yo creyese (algo) en mí mismo. Convenció a un montón de amigos suyos para que publicasen sus primeros libros en mi editorial. Él fue mi gran valedor y el mejor consejero que un editor jamás pudo tener.

Recuerdo que me dijo: «No es que tenga siempre razón, es que argumento bien».

Recuerdo que me detuvo en la planta tercera del edificio de Interfacultades. Chusé Izuel le había dicho que yo escribía en aragonés. Me pidió algunos poemas. Quería leerlos. A partir de aquel momento nos hicimos amigos. Coincidía en el Ifi con él y con sus otros dos amigos acodados al fondo de la barra, un trío de pistoleros vestidos de negro venidos desde Las Fuentes: Bizén, Chusé y Félix.

Félix era un cabrón. Me tomaba el pelo con el aragonés. Sin embargo me mandaba correos a las cuatro o las cinco de la mañana con datos de libros que me podían interesar: «*Mesa redonda*, de Felipe de Leandro, sale algo en aragonés. Cómpralo». O «Perambucho, pastorada ribagorzana. Tomé esta cita hace muchos años». O me llamaba desde Pau para preguntar cómo se decía 'mariposa' en aragonés. Y me insistía en que escribiese.

El último día que estuvimos juntos, el sábado 1 de octubre, en Ejea, me abroncó por no haber consultado un artículo que él me había facilitado sobre Cleto Torrodellas, el *ferrero* de Estadilla, y que no cité en la obra completa que acababa de editar en Xordica. Mientras nos sentábamos a comer estuvimos a punto de discutir por un, según él, «parecido razonable» entre una editora italiana y mi mujer.

Recuerdo todos los lugares en los que he estado con Félix: en Zaragoza, en Villanueva de Gállego, en Zuera, en San Mateo de Gállego, en Huesca, en Belchite, en Madrid, en Monzón, en Fraga, en Barcelona, en Ejea de los Caballeros, en Pau, en Mallén, en León, en Blecua, en Calamocha, en Nuez de Ebro, en Cáceres, en Valdemoro, en Calatayud, en Pamplona, en Logroño, en Garrapinillos, en Guadalajara, en Lérida, en Lechago, en Teruel, en Lisboa...

Recuerdo que escribió la primera reseña de un libro mío. En aquel artículo decía que Pessoa habitaba en mí, aunque yo todavía no había leído al portugués de los mil nombres y las mil voces.

Recuerdo a Félix cantando. Le encantaba aunque lo hacía peor que Antonio Pérez Lasheras y yo juntos. Creo que sus preferidas eran *L'animale* de Battiato y *Paisajes urbanos, días escolares* de Labordeta.

Félix me convirtió en otra persona, creo que mejor.

La desaparición de Félix es la extinción de una gran supernova. El campo gravitatorio que ha generado, un infinito y desgarrador agujero negro, nos va a atraer durante el resto de nuestras vidas.

El 7 de octubre estaba en Bañeras de Bigorra, en una feria del libro pirenaico. Me había acercado a Gerda, patria de la escritora gascona Filadelfa, que recuperó la ortografía clásica de los trovadores occitanos, reivindicó su condición de mujer escritora y vistió durante toda su vida de negro, en señal de duelo por la derrota de las tropas aragonesas en la batalla de Muret. Buscaba su casa natal.

A las 12,53 sonó mi móvil y desde entonces me pregunto si le traté con el mismo cariño y la misma generosidad con la que él me trató a mí.

NUECES

Almudena Vidorreta Torres

El punto justo de amargor,
tal como tú,
tenían aquellas nueces.
Lo diré en pocas palabras:
las devoraste a puñados
como si fueran tuyas
y prometí reponerlas
para el siguiente encuentro.
Dicen que tres nueces al día
son buenas para el corazón.
Ahora las comemos lentamente,
nosotros, con algo de pudor
como si fueran tuyas,
llevándote bien dentro de la boca
con el amargor justo.
A través del cristal que las contiene
miramos el mundo cada vez más claro.
Tres nueces al día,
todas las que tú quisieras,
y no tener, sin embargo, ya, más tiempo.

Félix en Andorra. Semana Santa de 1993. Fotografía: Miguel Mena

LAS CARTAS ANIMADAS DE FÉLIX

Mercedes Ventura

Querido Félix, si pudiéramos declararnos insumisos a tu pérdida, todos tus amigos iríamos de cabeza a la cárcel. Claro que ya no sería la de Torrero, pero iríamos a la que hiciera falta con tal de quitarnos esta bola que nos pesa en el corazón, como la que tú arrastrabas en los dibujos con los que firmabas las cartas que enviabas desde tu celda («chabolo 33», según databas en tus encabezados).

En el saludo de tus cartas, siempre hemos cabido todos, en pareja, con hijos… Nunca te olvidabas de nadie. Y siempre era una alegría recibir tus postales, divertidas, ingeniosas y siempre animadas con dibujos del Romeo en la playa, del Romeo dibujado en ciudades de todo el mundo, y absurdamente, en 1995 y durante un año y medio, del Romeo preso en la cárcel.

Porque con esa convicción y coherencia con la que siempre has opinado de las cosas, entre 1995 y 1996 cumpliste año y medio de privación de libertad, de los dos y cuatro meses a los que fuiste condenado por insumisión, en la cárcel de Torrero. Y antes de obtener la calificación de tercer grado y pasar a la sección de régimen abierto pasaste un mes internado. Un mes con tu desbordante temperamento y amor por la vida entre rejas, compartiendo tu celda con un parricida y un pequeño traficante, como cuenta Miguel Mena en un relato que le inspiraste y que tituló «Paz entre rejas».

Aquí hay dos cartas de las que nos escribiste por aquellos días a los amigos. Dos cartas casualmente escritas en dos días correlativos, días en los que todavía desesperabas esperando el tercer grado, como les recuerdas a los Melero. A Miguel y a mí, directamente nos dices que borrarías el año 95. Pero mira, como ningún segundo de tu intensa vida ha sido en balde, como poco, hiciste de este tránsito un caldo de cultivo literario, especialmente por haber conocido a un personaje del que nos hablaste en estas cartas: el abuelo que había estrangulado a su mujer. Precisamente, poco antes de morir habías terminado un nuevo libro, *Noche de los enamorados*, donde recreabas el caso de este compañero de celda en la prisión de Torrero.

Así que ya ves, aquí estamos releyendo tus cartas, tus libros, tus artículos, los artículos que han escrito de ti, viendo una y otra vez tus fotos, tus dibujos, y sabes… no tenemos ninguna duda de que eres nuestro amigo y genio favorito. ¡¡¡Viva Félix!!!

21-2-95

Queridos Mercedes y Miguel

El Ronco de Saturno

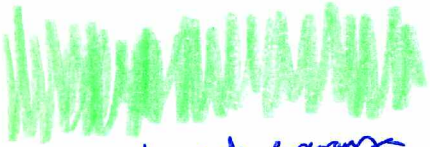
Mira el parecido con el tipo de los postal. Me parezco sobre todo en la garrota / bastón / zapata / tranca / etc. Y en el color de los ojos. ¡Y en mi fervor por la Virgen del Pilar! El anciano estrangulador de su mujer es devoto de la Virgen del Pilar y tiene una estampa de la Virgen del Pilar en su mesa. ¡Bendita y alabada...! (en versión de Ixo Rai). Pesado pesado pesado (para que no se te olvide). Tus / vuestras postales son una alegría tremenda, enorme bestia. ¡No os olvidéis de echarlas todos los días! Gracias, por adelantado. Os echo de menos, y no sólo por lo material. Unidad de mi chica, que es como de porcelana, a veces.

¡Oigo un ratito de Estudio de Guardia! Hoy has hecho un chiste con Mari Carmen (Pino) bastante lamentable, no bajes la guardia, por si acaso. Estoy tranquilo y esperando todavía sin desesperar. ¡No desesperes! Hasta el viernes, pero se lo dijiste a Cristina! Sólo pienso en estar fuera. Por pensar ya sólo pienso en el año 96. Yo que no le pensado una cosa más allá de pensar mañana. He pintado ojos y sonrisa a una naranja para tener alguien dulce que me mire. Juego. Estoy a dieta y me estoy poniendo delgado juego. Cuantas risas de papel. Mercedes, dile pensado a Miguel.

[NO TENGO VUESTRA DIRECCION DE TARRAGONA, ENVIADMELA]

Os quiere este gordo

peso



un poco de verde esperanza
(se oye el ladrido de un perro)

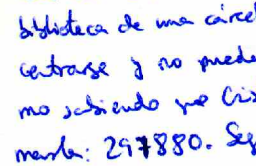
FELIX

22 - 2 - 95
CHABOLO 33
CPZ

Queridos José Luis
Yolanda
Iguacel
Jorge

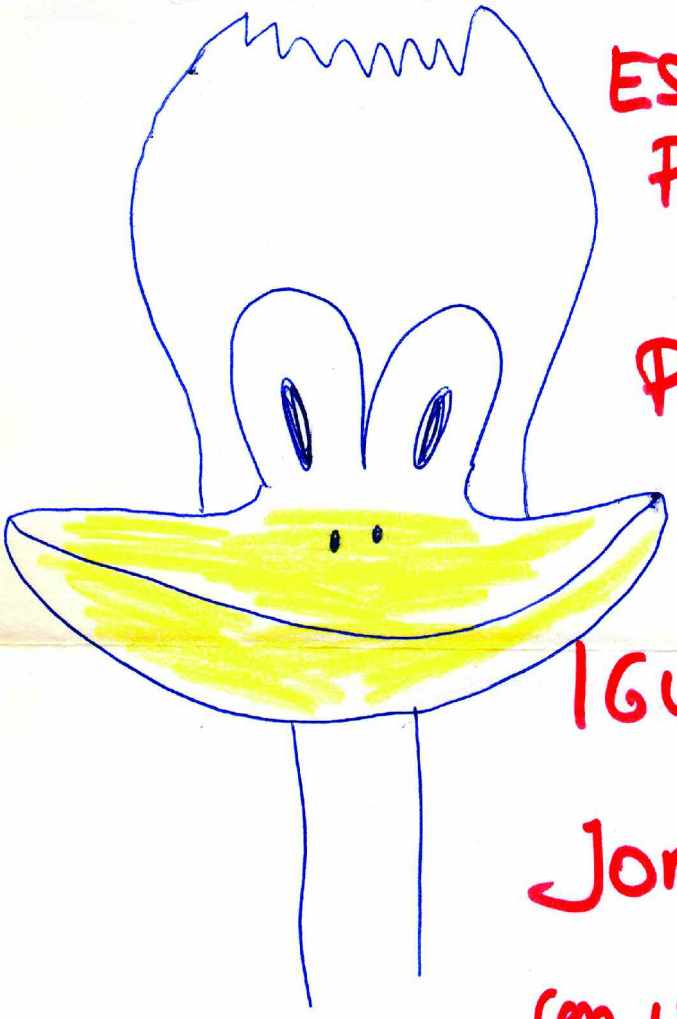
Me ponen muy contento vuestras cartas. Es la única alegría
del día. Estoy tranquilo, esperando el 3er grado, que se retrasa
y que confío en que llegue mañana o el viernes. Hoy cumpliría cinco
luis Buñuel. Pienso que esto es una situación de El ángel extermi_
nador: encerrados sin poder salir. El anciano con el que comparto
celda (chabolo) estranguló a su mujer y me imagino que el preferi_
rá la vida criminal. Jajaja. ¿Estuvo Buñuel en la cárcel? ¿Dónde
os vais de vacaciones, pardillos? Me dejáis aquí solico. Aquí no hay
nada que merezca la pena. Todos mienten. Parezco el único delincuen_
te aquí, jajaja. Es fácil reírse por carta. José Luis: Estoy leyendo La
Serafina (la edición de Ildefonso), releyéndola; no me parece tan ma_
la como la primera vez, incluso me divierto con esa Zaragoza. La biblio_
teca está bastante bien, para lo que se imagina uno que debe ser la
biblioteca de una cárcel. Tengo la cabeza un poco volada, es difícil con_
centrarse y no puedo trabajar. Es cierto que estar aquí no es lo más
no sabiendo que Cristina está fuera esperándome. Si queréis lla_
marla: 297880. Seguro que ella lo está pasando peor que yo. Os
aseguro que la comida de Casa Emilio no es tan mala. Jajaja.
Tengo que tomármelo como unas vacaciones en un balneario: ya
llevo 10 días.

Muchos besos y abrazos
Se os echa de menos



el Romeo con la bola de preso

Fernando



ESTE PATO ES PARA

IGUACEL Y JORGE

Con un beso y un paseo por el aire

FOLI

VACA DESNUDA

Susana Vacas
(del proyecto *Libro de las mujeres vaca*)

LA VACA DESNUDA ESTÁ COMO UN QUESO

La vaca desnuda está como un queso.
Se ha desnudado para perder peso.

La vaca desnuda es la vaca que ríe.
¡Que la vaca desnuda no se resfríe!

La vaca desnuda tiene un ombligo enorme.
No es un ombligo, es un diamante. ¡Hombre!

La vaca desnuda es la vaca que ríe.
¡Que la vaca desnuda no se resfríe!

La vaca desnuda tiene la cara colorada.

La vaca desnuda tiene cuernos blancos.
La vaca desnuda no lleva ni zapatos ni zancos.

La vaca vestida tiene celos de esta vaca despojada.

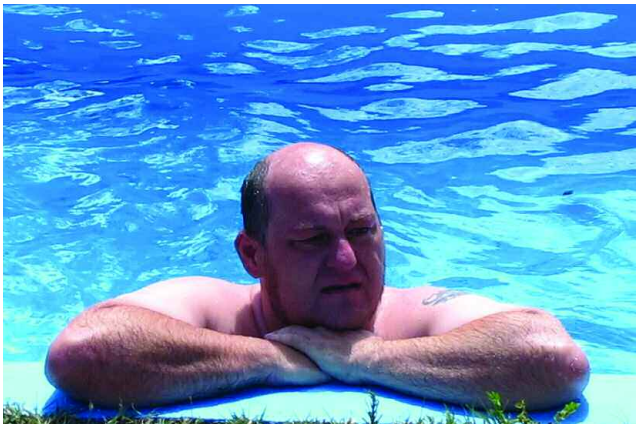
La vaca desnuda es la vaca que ríe.
¡Que la vaca desnuda no se resfríe!

FÉLIX ROMEO

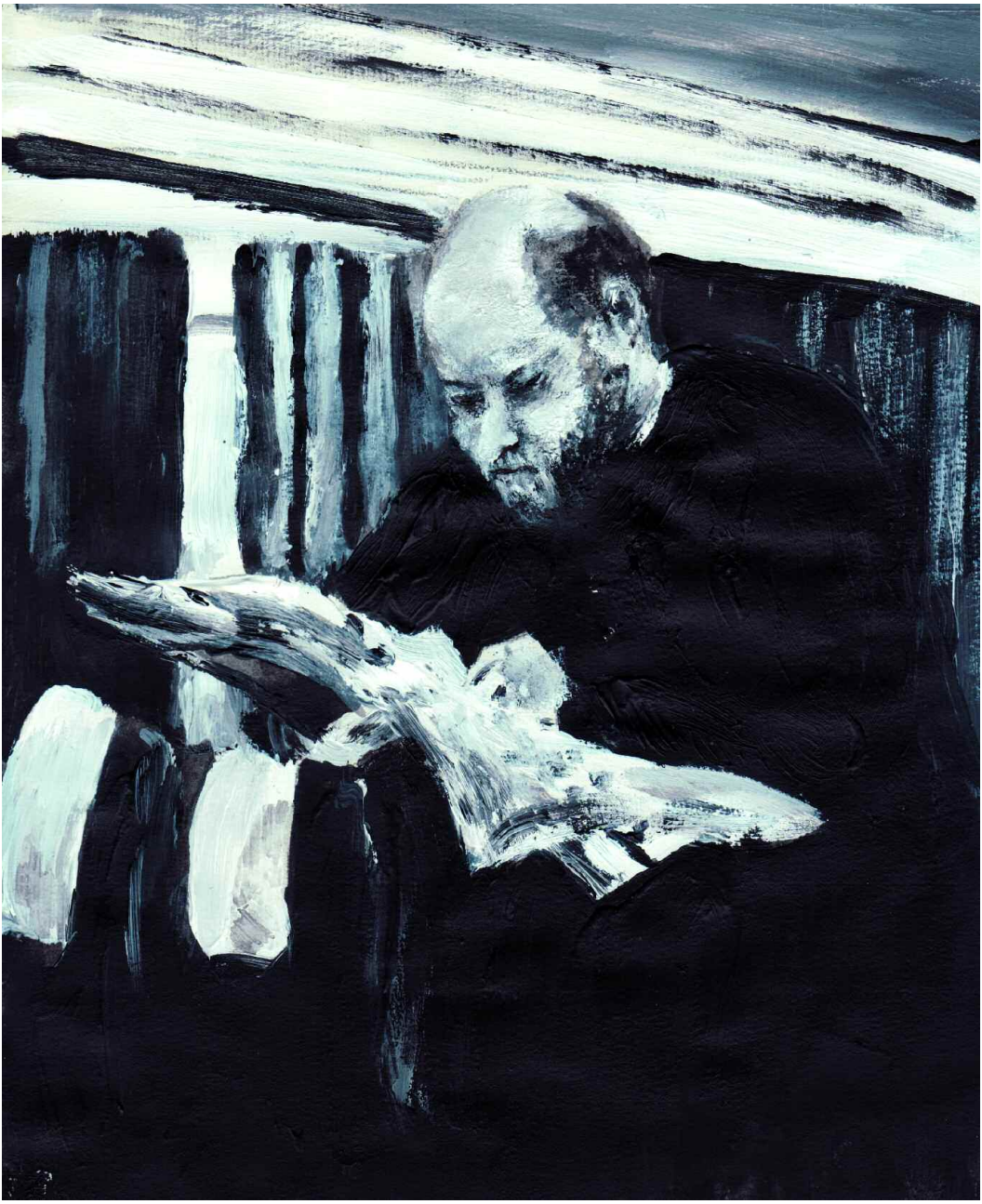
ÁLBUM

FÉLIX ROMEO PESCADOR

Instantáneas y retratos de amigos

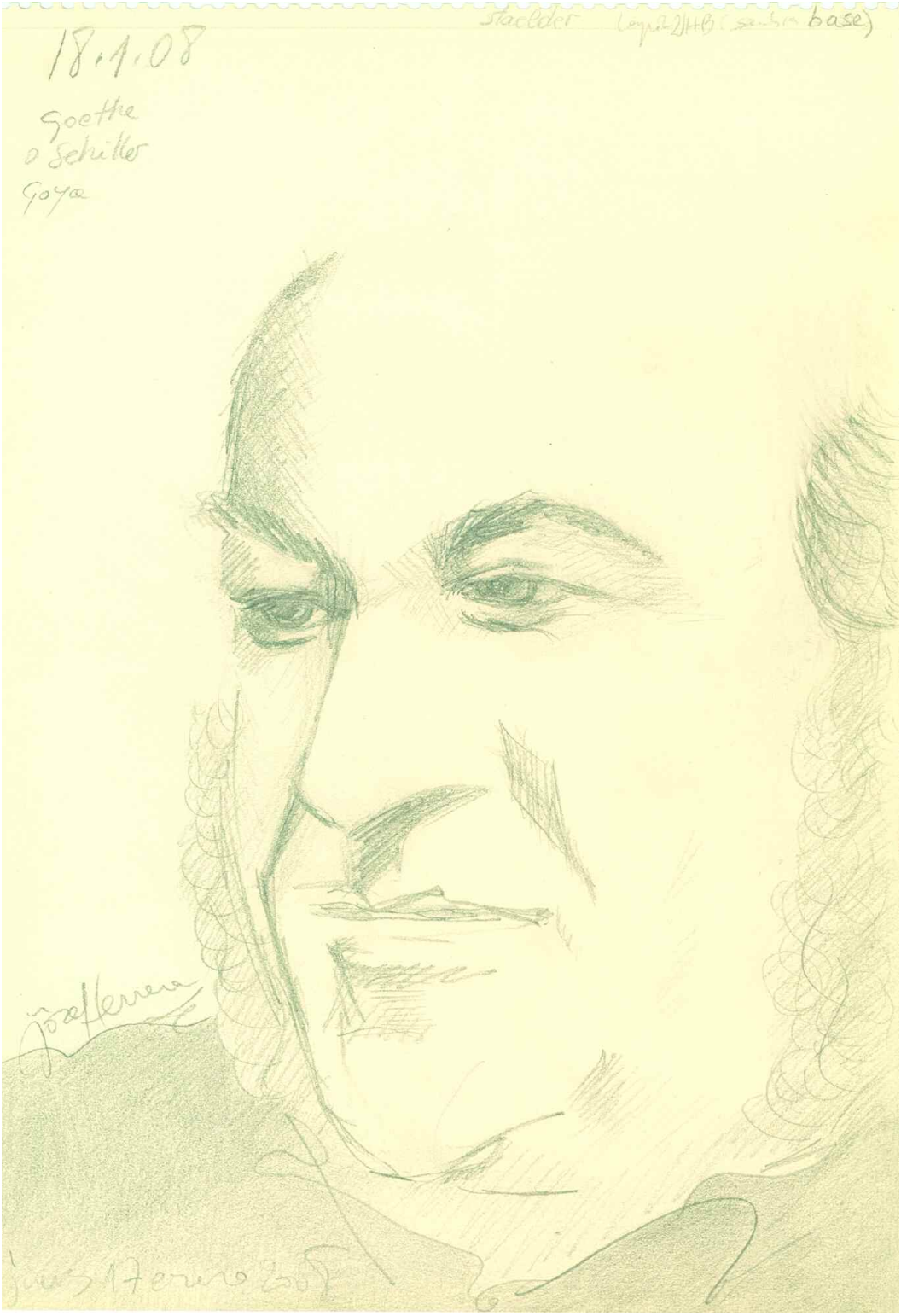


Félix en la piscina. Verano de 2011. Fotografía: Miguel Mena



Mari Burges

José Luis Cano



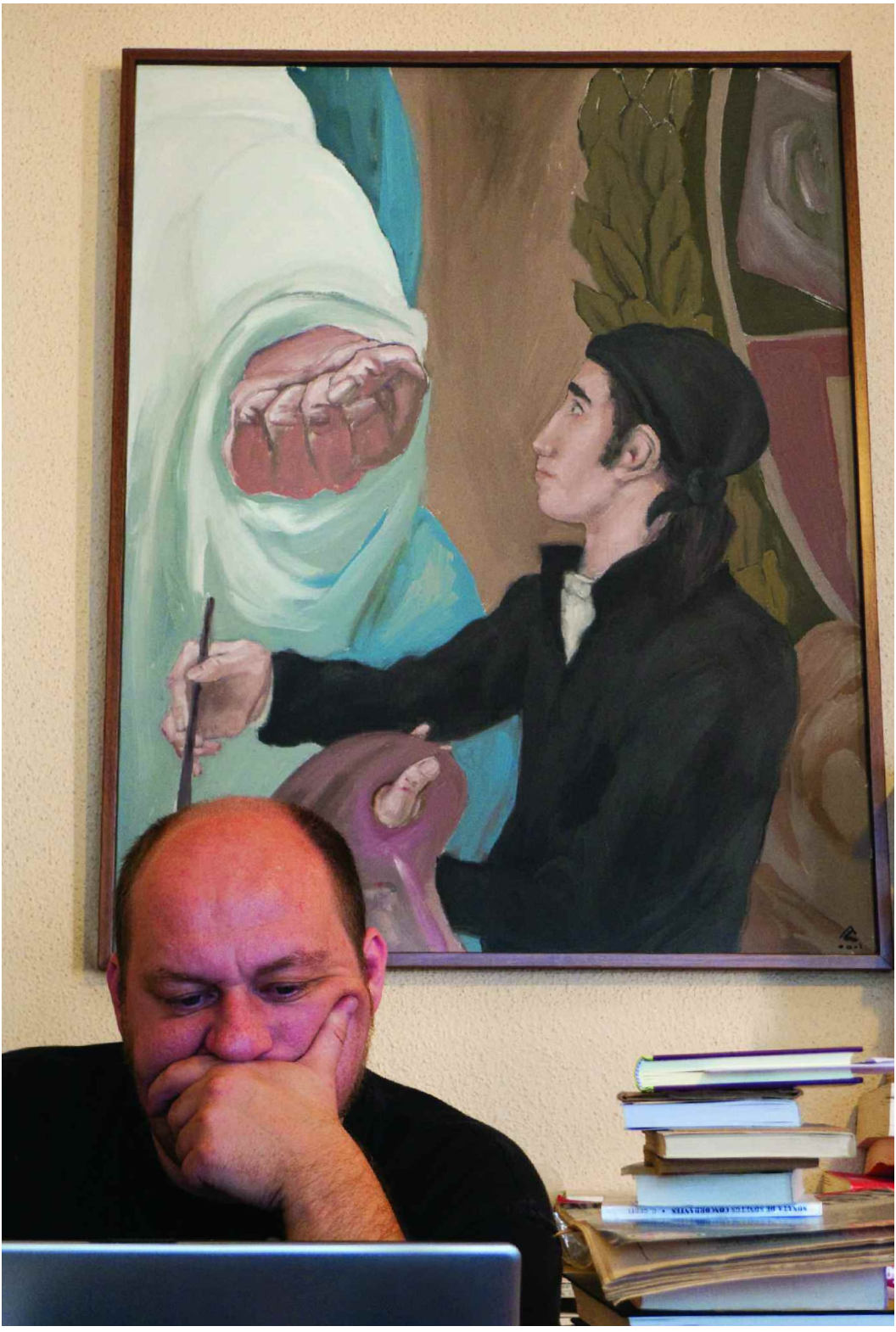
Jose Herrera

Félix, José Luis Melero y Luis Alegre en la presentación de *La vida de los libros* de J.L Melero.
Fotografía: José Antonio Melendo

Ignacio Martínez de Pisón, José Luis Melero, Félix y Luis Alegre.
Fotografía: José Antonio Melendo

Pepe Cerdá y Félix. Fotografía: Vicente Almazán

En Venecia. Fotografía: Vicky Méndiz



Félix trabajando en su casa. Fotografía: Aloma Rodríguez

En Albarracín. Fotografía: Miguel Mena

Fotografía: Miguel Mena

Félix con un montón de amigos en Casa Emilio

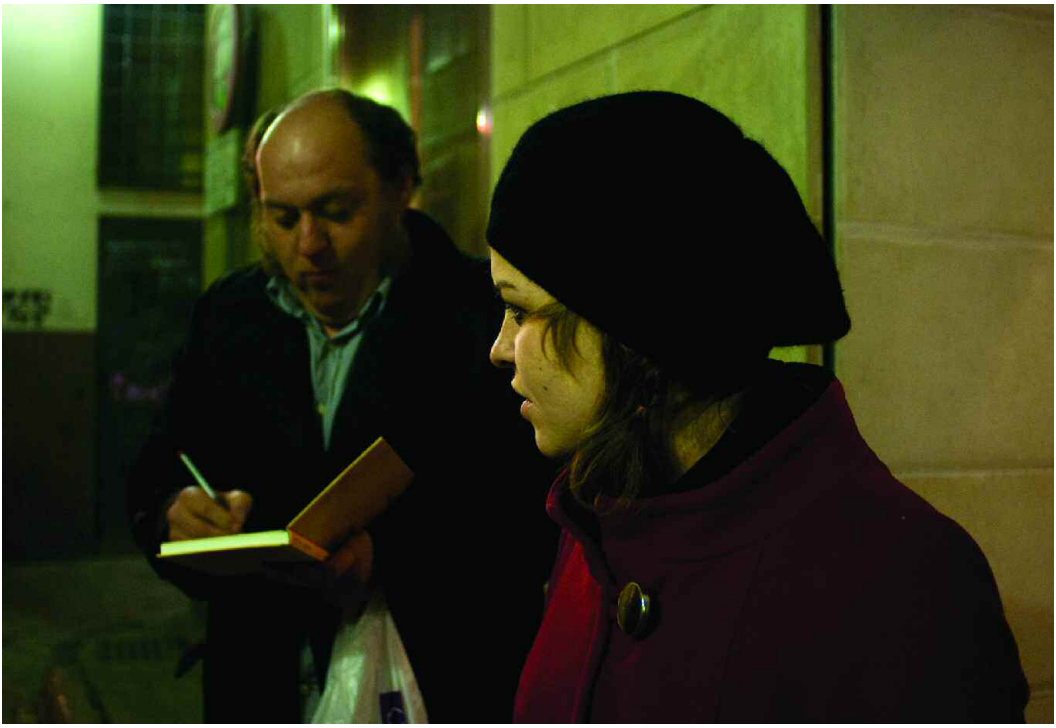
Antón Castro, Mariano Gistaín, Félix y Cristina Grande

Miguel Mena, Javier Tomeo, Félix y Félix Teira

Labordeta, Ignacio Martínez de Pisón, María José Belló, Cristina Grande y Félix en el Santuario del Pueyo de Belchite, 1996.
Fotografía: Miguel Mena

En Belchite. Fotografía: Miguel Mena

Félix y Pippi Tetley. Fotografía: David Barreiros



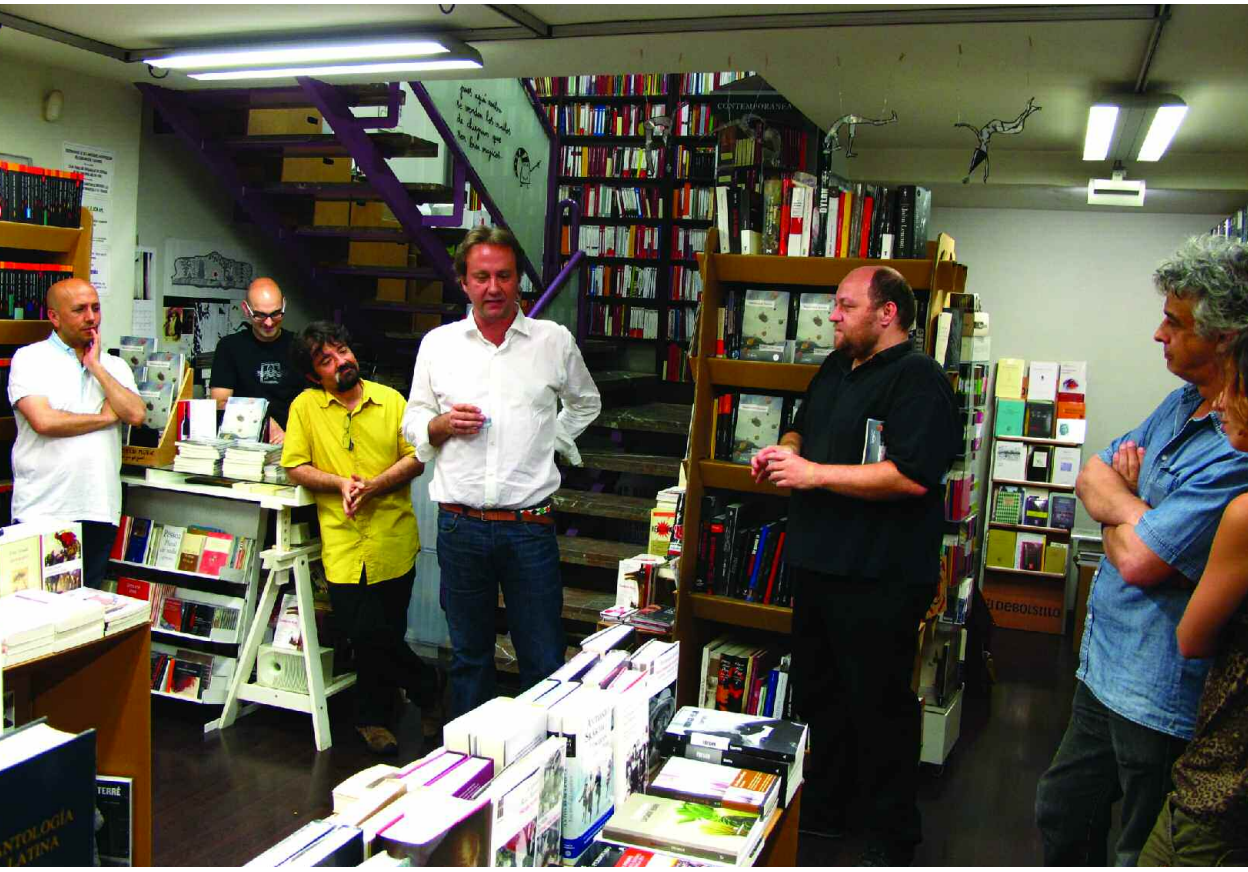
Félix y Aloma Rodríguez. Fotografía: David Barreiros

Félix y Eva Puyó en la librería Los Portadores de Sueños. Fotografía: Miguel Mena

Félix, José Luis Melero y José Antonio Labordeta en la estación de Canfranc. Fotografía: Yolanda Polo

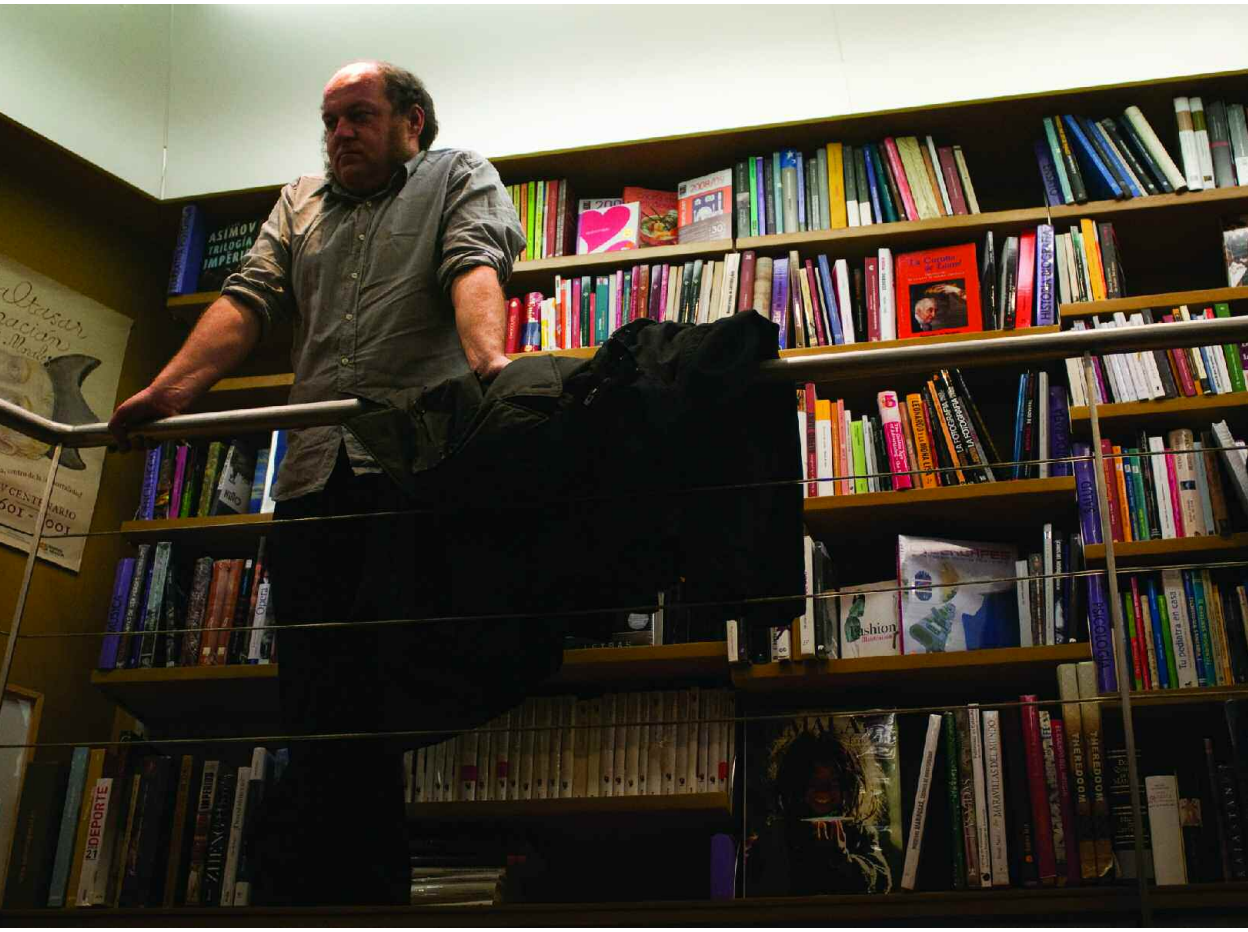
José Luis Borlán, Eva Puyó, Yolanda Polo, Ismael Grasa, Félix, José Luis Melero y José María Gómez. Fotografía: Ana Bendicho

En Roma. Fotografía: Cristina Grande



Luis Alegre, Félix González, Juan Casamayor, Marcos Giralt, Félix y Carlos Castán en la librería Los Portadores de Sueños.
Fotografía: Miguel Mena

En Lisboa (2005). Félix, Manuel António Pina y Chusé Raúl Usón.
Abajo, de izquierda a derecha: Julián Rodríguez y Antonio Sáez Delgado



En la librería Anónima de Huesca. Fotografía: David Barreiros

Félix y Daniel Mena Ventura. Fotografía: Miguel Mena

Cena en Casa Emilio. Fotografía: Ana Bendicho

Fotografía: David Barreiros

En Lyon con Lina Vila

Félix y Lina. Fotografía: José Antonio Melendo